

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I

México, Domingo 29 de Enero de 1899.

Número 5

Exposición Nacional de Bellas Artes en la Academia de San Carlos.



CUADRO DE JULIO RUELAS.

PIERROT DOCTOR.

FOT. DE LUIS C. SANDOVAL.

Director: LIC RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

El espectáculo de moda, como en el principio de todos los años, es el Circo.

Es una resurrección de invierno.

Ya, desde que termina el crepúsculo, el reflector arroja su claridad deslumbradora á lo largo de las calles. En la punta de la erguida torrecilla de la murga, que se adelanta atrevidamente en la fachada como si quisiera desprenderse de la gran barraca, el foco reluce y envía en todas direcciones sus manojos de rayos. Los hilos de luz blanca surgen de aquel punto radiante y parten rígidos, inflexibles, trazados en el aire con precisión y finura, á prender sus puas vividas en las azules obscuridades de la noche. Enfilados en esa línea de calles, los transeuntes bullen dentro de aquella ráfaga, que, prolongándose y abriéndose, como una ala, va palideciendo y se desvanece al fin en las opacas lontananzas. Este es el anuncio pomposo de Orrin; el astro eléctrico del Circo, el llamamiento de luz. Hacia él van las gentes apresuradas como los insectos hacia la llama. El esplendor conquista.

Y poco antes de las nueve, el jardín del pórtico apenas puede contener en sus angostas calzadas, á la muchenumbre inquieta: la aristocracia penetra, en grupos compactos, por las amplias puertas de medio punto que dejan escapar la iluminación interior, lanzando bocanadas de reflejos sobre las manchas verdes del parquecillo, y por las fachadas laterales, hechas á modo de bardas de láminas y con dos ó tres vanos asimétricos y desproporcionados, se filtra la concurrencia plebeya.

Al entrar, la impresión es muy agradable; un desbordamiento inmóvil de cabezas en el descenso de las gradas, una confusión de colores y de rostros en la vaguedad de la penumbra; una mezcla abigarrada de contornos; trajes de tonos chillantes; salpicaduras de rojo y negro en los largos espacios blancos de las camisas, la multitud ascendiendo y alejándose hasta tocar las barras de la techumbre.

Luego, dentro del círculo de los palcos, en cuya barandilla se yerguen, de trecho en trecho, los delgados mástiles que sostienen su campánula de luz, erecta y brillante, bustos de mujeres hermosas, caballos de seda, vuelos de encajes y listones, caprichosas formas de tocados femeninos, aleteos de sombreros y gorras, artificiales florescencias, y aquí y allá el tembleteo de luciérnaga de las piedras preciosas. Después, en las butacas la tonalidad seca y monótona de los abrigos oscuros, y los sorbetes lucientes bajando en suave declive, en curvas concéntricas, para detenerse en derredor de la pista, cuyo gran círculo queda fuertemente iluminado por un chorro de claridad. Al frente, el reducido foro ostenta su telón flamante, pintado como una cuadrícula de tonos abigarrados y que parece, por eso, la capa de un mendigo. Es allí donde se exhiben héroes, ciclistas, y prestidigitadores.

La compañía de funámbulos está variada y escogida. No he visto, sin embargo, en las noches en que he asistido al circo, *reinas del aire*, trapeicistas no juglares de seis años. No sé por qué el público gusta de que la infancia en peligro lo divierta.

La reina del aire, aquel lindo artículo de Gutiérrez Nájera, se reproduce al natural en todos las épocas del Circo. Por mi parte, siempre lo he visto, ó casi siempre. He aquí, lo que año por año tal vez, sucede ante mis ojos.

Suena un timbre y la piña de músicos, colocada junto á la murallas del escenario, comienza á ponerse en movimiento, á levantar y abatir los arcos de sus violines, á enderezar la flor de metal de sus instrumentos, á hacer saltar los bolillos de cuero en el parche de los timbales, al compás de un *wals* lento y quejumbroso que produce extraño efecto en aquel lugar. De la puerta que cubren las cortinas carmesíes, sale la *reina del aire* acompañada de un séquito de robustos hombres todos ellos vestidos de fantasía. ¡Y está bien ataviada! El raso de la suelta blusilla azul espejea entre las rosas de los listones; sobre las medias tersas que siguen con precisión el dibujo de las piernas delgaduchas, brilla una lluvia de granos de plata y resplandece también el rubio dulce de la cabellera suelta que flota á espaldas de la niña como un alquicel de oro.

Ya en medio de la *pista*, el semblante de ojazos claros y llenos de asombro hace una mueca de saludo, y los bracitos desnudos, de blancura sin morbidez, se alzan hasta los labios para mandar un beso á la multitud.

¿Qué hace la niña? Con una agilidad nerviosa salta, sube por el cordel que acaban de ofrecerle unos gigantes; se ase á las altas argollas pendientes de la armadura de hierro, y, meciéndose en el aire, ejecuta su *atrevido acto*, correctamente á tiempo, con la función precisa de una máquina; voltea, se descoyunta, abre los brazos alejando las argollas de su cuerpo, como un pájaro abre las alas; se columpia, reclinada, como en un lecho entre las cuerdas del aparato, y

después, cuando ha terminado su trabajo se enreda al cable por donde ha subido y gira en vértigo loco, perdiendo la forma, confundiendo los colores del traje, y tendiendo su cabellera como un arapo amarillo batido por el viento. Sigue la queja monótona del *wals*; de pronto, se interrumpe por un aplauso monótono, y la chiquilla en pié, sobre la alfombra de la *pista* hace reverencias á ese público donde, deseguro, hay niños felices y madres tiernas que gozan con ver aquella debilidad en peligro, aquel sér brutalmente educado, arrancado á los pañales de la cuna y puesto, de improviso, sobre los aparatos del acróbata, en perpetuo riesgo—¡no importa! ¡tanto mejor!—para divertir á los buenos burgueses, á los que lloran con los dramas de Bouchardy, y ayudan á un saltimbanco y á una suripanta á ganarse la vida. Hay tristeza en ese rostro y nadie la nota; una tristeza seca que empaña y no humedece las pupilas. La concurrencia ríe y aplaude. ¡Muy bien! ¡Qué atrevimiento!

Y en tanto que salen los *pierrrots* á tirarse el sombrero de cabeza á cabeza, que aparece Bell el *Clown* favorito, que corre el caballo con el atrevido *jockey* en el lomo, que los payasos hacen juegos malavares con los violines, que caen y se levantan torres de hombres, que se preparan los funámbulos á darse cachetes en la pantomima, yo me quedo pensando en aquella niña rubia, de ojos asombrados y cuerpecito enflaquecido que se balancea y vuelve describiendo en el viento sesgos y curvas de ave, como si ante la multitud indiferente, avara de sentimientos y de ternuras, una hada invisible y compasiva la sostuviera por los aires!....

* *

Ha reaparecido nuestra vieja amiga, *La Bohemia* y hemos vuelto á aplaudir sin reserva á Puccini. Desde hacía algunos años conocíamos al joven maestro por su *Manon* y sabíamos que era un sabio. La *Manon* no nos revelaba otra cosa. Un sólo grito del alma salía, como el sustido de una fuente, de toda la obra. Hay en *Manon* frescura y originalidad; pasión no. El músico se preocupó de las combinaciones y desdeñó los sentimientos.

Yo convengo en que Wagner no los necesita; sus héroes no son hombres; están hechos de nieblas teutónicas y de sueños místicos; no caminan sobre la tierra y se conservan siempre alejados de nosotros, en la línea del horizonte. Pero *Manon Lescaut* no se parece á *Elsa de Bravante*. Esta es fulgor de luna; aquella es carne; ama y siente á nuestra manera. Puccini, sin embargo, no halló para la heroína de Prevost, un acento conmovedor y hondamente sentido. Se preocupaba demasiado de la ciencia musical y en ella agotaba sus energías.

En la *Bohemia*, se reveló, al fin, hombre, sin que el sabio hubiera desaparecido. Es una maravillosa narración, hecha con nota, palpitante de frescura y de vida, y que rebosa sentimiento y ternura.

El músico no es sólo artista, es psicólogo y tal parece que en su existencia de enamorado del Arte, su juventud fué también bohemia. Hay mucho suyo, mucho espontáneo en esta partitura admirable. En ella domina una tendencia descriptiva que encanta: es obra de gran colorido y realce; absolutamente realista.

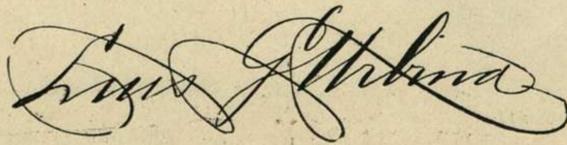
Los jóvenes maestros italianos, persiguiendo nuevos ideales, vienen acometiendo la audaz empresa de bajar la música de la cumbre de la leyenda, de la epopeya y de la tragedia para derramarla por los campos de la realidad *vivida* y hacer que ascienda nada más hasta el nivel del corazón humano....

* *

No creo en las mujeres ingratas. Esta es la única razón que tengo para afirmar que el *facsimile* que hoy publica *El Mundo* es un regalo para los espíritus femeninos. No son, por cierto, estas estrofillas sueltas del *Duque Job*, una obra excelente, y no como tala publicamos. Son páginas olvidadas en cualquier rincón de la vida, como dice Justo Sierra, y que hurgando, hurgando, nos hallamos y conservamos ahora como una reliquia. ¡Fué tan poco lo que dijo y era tanto lo que tenía que decir al mundo este buen poeta! ¿Recordais su tomo de versos? Rosas frescas, violetas fragantes, azucenas de alfiler dorado, lirios de alabastros son esos versos que el enamorado prendió en el abierto corpiño ó en los cabellos sueltos ó en la falda transparente de las mujeres soñadas. Un estudio de santos ideales: eso es el libro.

Estas *becquerianas* inéditas de Gutiérrez Nájera que vais á leer, son defectuosas, y sin embargo—oh maravilla!—elegantes.

Son una gota de la miel de ternura con que el soñador endulzaba sus melancolías y nuestras tristezas.....



Política General.

RESUMEN.—UNA SEMANA EN BLANCO.—FRANCIA E INGLATERRA.—DIFICULTADES PERMANENTES.—FACHODA, TERRANOVA Y SHANGAY.—EL GOBERNADOR DEL SUDAN Y EL PROTECTORADO SOBRE EGIPTO.—EL MERCANTILISMO INGLÉS Y LA EXPANSION TERRITORIAL.—¿QUIEN ES TU ENEMIGO?—OTRA VEZ EL DESARME.—LA ACTITUD DEL CZAR.—EL AISLAMIENTO DE INGLATERRA.—COALICION ANTI-BRITANICA.—CONCLUSION.

Nada en lo esencial ha cambiado en las relaciones políticas de los pueblos que forman el mundo civilizado, después de nuestra última crónica. En ciertas circunstancias, los acontecimientos, en vez de precipitarse y sufrir los cambios mágicos de un caleidoscopio, corren lentos y pesados sin que nada los altere, sin que nada haga sospechar el rumbo que hayan de tomar. Es que á las veces también los hombres que dirigen la política de los Estados, los que encauzan las energías de los pueblos, toman su período de descanso, y parece como que se sientan á meditar en la trascendencia de sus determinaciones y la alta responsabilidad de sus actos ante los pueblos, ante el mundo, ante la historia.

* *

El cielo de tempestad que entoldaba desde hace algunos meses, las relaciones internacionales de la Gran Bretaña y la República Francesa, ni ha podido serenarse, ni ha habido un hecho que haga estallar el rayo entre las nubes de tormenta. Firme queda el gabinete inglés en sus exigencias, firme también el gabinete de París para resistir á sus enemigos tradicionales. El nombramiento de Lord Kitchener para gobernador general del Sudán, la constitución de estos dilatados territorios conquistados para el Egipto, pero que quedan fuera de su dominio, es un paso más dado por la Gran Bretaña que la acerca al protectorado sobre todo el valle de Nilo, y tiende á librar al Jédive de la soberanía del Sultán. ¿De qué manera podrían oponerse los franceses á estas tendencias? ¿De qué modo opondrían un dique á esos avances incontestables, los que acaban de evacuar Fachoda, los que dejaron perder en un momento, por circunstancias invencibles, el trabajo de sus exploradores, la previsión de sus políticos, los triunfos de sus gloriosos aventureros? Por ahora tienen que permanecer impasibles ante la ola creciente de los avances británicos; tienen que aparentar indiferencia ante esas invasiones, pues está lejos todavía la coalición antibritánica de que se ha hablado tantas veces. Seguros los franceses de su alianza con Rusia, no quieren precipitar el conflicto ni ser motivo y ocasión de que estalle una guerra continental, antes de que sus aliados estén perfectamente dispuestos para evitar cualquier desastre.

Y pasa y se olvida el asunto del Sudán, se discuten los privilegios sobre las pesquerías de Terranova, se procura cercenar la influencia francesa en el Extremo Oriente, oponiéndose á la prolongación de los ferrocarriles de Shanghai, y sigue Inglaterra buscando otros pretextos más ó menos plausibles, según su política tradicional, para encontrar compensaciones en una lucha armada á los grandes quebrantos infligidos á su poder comercial en los mercados del mundo.

Tiempo ha que viene observándose la disminución gradual y progresiva de las exportaciones inglesas que asciende en los últimos años á cerca de doscientos millones de libras esterlinas. En vano sus flotas innúmeras surcan los mares en todas direcciones y llevan los frutos de sus múltiples colonias á los climas más apartados: el hecho cierto é innegable es que, frente á la industria y la producción inglesas, levántanse la producción y la industria de otros pueblos que les disputan palmo á palmo los mercados, y hieren, de rechazo en el corazón al gran imperio colonial. No puede prolongarse por más tiempo ese estado; es preciso dar salida incesante á la cuantiosa producción de las ciudades fabriles y manufactureras de la metrópoli. Si para lograrlo es preciso acudir á la lucha armada, á ella irá, no para disputar el kilómetro cuadrado de territorio, que, dadas sus inmensas posesiones, es un factor insignificante en su política, sino para disponer de los centros de consumo, para adueñarse de las plazas mercantiles, para dominar en pueblos jóvenes donde las materias primas se consigán á más bajo precio, para disponer de factorías y de estaciones de depósito en todas las grandes vías de comunicación, en todos los grandes derroteros por donde corre y circula la riqueza universal.

* *

Francia es un obstáculo á esas tendencias. Si la República, extendiendo y consolidando sus colonias florecientes y ricas, opónese al mercantilismo inagotable de la Gran Bretaña, contra Francia irá. No faltan en Londres, entre los círculos diplomáticos y los centros directores, no faltan quienes crean que esta es la ocasión propicia para lanzarse seguros á la victoria; no escasean quienes piensen que, preocupada la política francesa con los asuntos interiores que ahora la agitan, ofrece en la actualidad una coyuntura favorable á esas tendencias. Alucinados los po-

EL JUGUETE MODERNO.

Una industria parisiense.

Puede afirmarse que París es la verdadera patria del juguete. El espíritu de invención, el buen gusto y la originalidad, todas las cualidades que requiere una industria destinada á satisfacer caprichos y volubilidades de niño, se reúnen de un modo tan completo en el obrero parisiense que es más bien un artífice,—el supremo artífice de la juguetería.

Los progresos realizados de cincuenta años á la fecha son sorprendentes. A mediados del siglo Francia era tributaria de Alemania, y actualmente además de abastecer sus propios mercados, exporta juguetes cuyo valor no baja de setenta y cinco millones de francos.

En París todo el barrio del Temple vive de la fabricación de juguetes; es el gran proveedor de almacenes y bazares. De allí salen las novedades más curiosas.

La industria de muñecas, por ejemplo, ha adquirido una importancia considerable; los mecanismos más ingeniosos y complicados, los vestidos más elegantes fueron ideados en ese barrio de París, en donde se fabrica la muñeca parlante, la muñeca bailarina, etc, etc.

En cuanto á vestidos de muñeca, son verdaderamente maravillosos y han dado motivo á la creación de una nueva industria curiosísima. Los *trousseaux* de una muñeca sirven tanto de guía para las modistas extranjeras como para divertir á las niñas. Son una especie de diario de modas objetivo que aprovechan las costureras y modistas de América.

El *trousseau* de una muñeca se compone de vestidos, zapatos, medias, sombrero, guantes, etc. Esta industria auxiliar se ha desarrollado tanto que en ella se ocupa una multitud de obreras especialistas para cada prenda. La muñeca tiene en el mundo moderno sus costureras, cortadoras, modistas y hasta dentistas, peluqueros y oculistas.

* *

Hace cincuenta años Nuremberg, Souneberg y Neustadt tenían monopolizado el comercio y la industria de muñecas. Mas el industrial francés reconquistó el mercado, sustituyendo en el extranjero el juguete alemán por el francés. Los obreros alemanes ganan un salario menor, pero el francés trabaja mejor y más aprisa y gracias á esto sostiene victoriosamente la lucha en un terreno en que el gusto, la elegancia y el chic son factores de primer orden.

El *juguete científico* ha adquirido gran importancia desde hace algunos años en la industria parisiense, cuyas obras en este ramo son maravillosas. Bajo el nombre de *juguete científico* no se comprende sólo el juguete severo, el aparato eléctrico, la cámara fotográfica y la imprenta pequeña, por ejemplo, sino los que sin dejar de ser ante todo un objeto propio para niños, aprovechan alguna ingeniosa combinación mecánica. Ya es una ave que canta, una lagartija ó un ratón de movimiento; ya un conejo que corre, se detiene y se acaricia la cabeza con las manecitas. La reproducción de máquinas es sorprendente pues permite comprender las funciones de sus órganos.

¿Y qué decir de un autómatas vestido de rojo y que fuma, lee su periódico y lo comenta con movimientos de cabeza y gestos expresivos?

Este año se exhibe un limpia-botas con el cepillo en una mano, empeñándose en dar lustre á un zapato de charol. El ciclista de antaño ha sido reemplazado por un automóvil de ruedas neumáticas. Un mono y un perro sostienen violenta discusión y una yunta de bueyes arrastran la tradicional carreta de heno. Por último un clown impresor da vueltas á una rotativa que imprime las imágenes más variadas.

Apenas podemos imaginar cuán complicada es la fabricación de estos juguetes, algunos de los cuales requieren hasta sesenta operaciones diferentes.

Otros juguetes, más sencillos sin embargo, han tenido mucha demanda, por ejemplo, los velocipedistas que puestos en movimiento por medio de un resorte dan vuelta á una estancia. Los creadores de estos modelos tienen un gran genio inventivo.

Los artesanos parisienses presentan una fisonomía característica. Trabajan medio año en un modelo original para venderlo á alguna casa de París ó del extranjero con gran beneficio para el comprador si el juguete tiene éxito.

Al lado de estos «maestros» fecundos que inventan juguetes nuevos y que dan á la industria francesa su verdadera superioridad, trabaja la multitud de fabricantes que se emplean en la manufactura del juguete clásico, de cartón y de madera, del soldado de plomo, de los muñecos comunes y corrientes.

* *

La industria de los soldados de plomo es de las más curiosas. Alemania fabrica en grandes cantidades soldados de plomo que mantienen una buena conquista de sus industriales. Se ha calculado que sólo las ciudades de Nuremberg y Furth compran á Inglaterra

4,000 toneladas de estaño destinado á la fabricación de soldaditos.

Inglaterra se lleva la palma en la industria de juguetes groseramente esculpidos que representan castitas, animales y apriscos. Los valles tiroleses exportan una multitud de artículos de esta clase, sin gusto ni elegancia; pero el precio excesivamente bajo hace imposible la competencia de los similares franceses.

Una industria esencialmente parisiense y antigua es á no dudarlo la de armas y equipos militares para niños. Desde el año de 1870 ha tomado grandes proporciones; sin embargo, casi todos los negocios mercantiles de importancia en el ramo de juguetería, tienen por base la fabricación de objetos de hule y metal; como relojes, vajillas, muñequitos, etc.

Actualmente, los grandes almacenes de novedades de París, venden juguetes por valor de diez y siete millones de francos del 2 de Diciembre al 2 de Enero. Si á esta cantidad se suma la cifra desconocida á que asciende el tráfico de juguetes en las tiendas especiales, en los innumerables bazares, en las barracas y lo que venden los comerciantes callejeros, el total es verdaderamente fantástico por lo enorme.

Puede asegurarse sin embargo, que las exportaciones francesas no son lo que debieran ser, porque los industriales de ese país carecen de la actividad con que los ingleses y alemanes buscan para sus productos nuevos mercados. Siempre que el artículo francés se encuentra en un mercado con artículos extranjeros, triunfa muy fácilmente; pero los otros países trabajan por conquistar mercados que el francés desdeña. Aumentan su clientela y no esperan la demanda, pues se anticipan á ella con su oferta; practican siempre el sistema de la ofensiva mercantil.

Los comerciantes franceses lamentan los perjuicios que les causa la imitación de sus modelos: en varios países los productos imitados se venden á precios irrisorios.

Mas á pesar de todo, el comercio francés de exportación es satisfactorio. El año de 1867 estaba representado por la cifra de seis millones de francos; en 1878 no llegaba á diez y seis millones y á la fecha, lo hemos dicho ya, excede de setenta y cinco millones.

En las regiones del Oro.

No hace mucho tiempo una mujer, Bella Mitchell, riñó con otra en una taberna de Dawson City (Klondike) lanzando sobre su rival una lámpara de petróleo. En un momento el *bar* quedó destruido por las llamas y dos horas después, todas las casas de la ciudad se habían incendiado, pues el fuego se comunicó rápidamente acabando con aquel emporio de las riquezas boreales. Los veinte mil habitantes de Dawson City vieron caer hechas cenizas sus habitaciones.

En cualquier otro lugar del orbe ese acontecimiento habría sido inagotable tema de lamentaciones; pero los juicios y los sentimientos humanos varían según las latitudes. Ahora bien, los habitantes de Dawson celebraron con fiestas públicas la destrucción de la ciudad.

Y no es que les cueste un grano de anís reconstruir sus habitaciones; pero no son avaros, viven en el país donde el oro no es nada—ni una quimera,—y poco se les da gastarlo en procurarse casas más elegantes y confortables que las destruidas por el incendio.

Al fin tendrán una ciudad digna de su riqueza y de sus ambiciones. Dos años hace que fué fundada Dawson City, patria adoptiva de los aventureros yankees y canadenses que acudieron á explotar el nuevo Eldorado cuando se descubrió entre la arena del Yukón el polvo brillante y tentador.

En menos de dos años, Dawson, la ciudad perdida entre las obscuridades boreales, fué convertida en un centro de placeres y de lujo en donde los «prospectors» de Klondike gastaban en una noche los productos de sus exploraciones.

Pero nadie está satisfecho con su suerte. Los habitantes de Dawson querían borrar las huellas que delataban su reciente prosperidad. La ciudad atestiguaba con la confusión de edificios suntuosos y cabañas miserables que había sido fundada la víspera: faltábale ese aspecto de nobleza que tienen los lugares en donde el hombre ha implantado sus divisiones y convencionalismos.

El incendio provocado por la imprudencia de Bella Mitchell inaugura en Dawson la era panglossiana de la felicidad perfecta. La nueva ciudad será una de las más hermosas é imponentes de América y cuando los nobles arruinados de Europa soliciten la mano de las millonarias hijas de las actuales «prospectors», no habrá que hacer pesquisas para buscar su origen en las actas del estado civil, destruidas en el incendio.

El fuego todo lo purifica. El nacimiento irregular ú obscuro de esas herederas quedará oculto bajo los millones de su dote.

líticos ingleses con falsos mirajes, deslumbrados con fingidos espejismos que les hacen ver débiles los fundamentos sobre los cuales se asienta la república de Thiers y de Gambetta, juzgan propicia la oportunidad para el ataque, en los momentos en que amenaza á Francia un cambio radical de instituciones.

Se engañan sin embargo los que así creen; cierran los ojos á la evidencia los que así piensan; voluntariamente se apartan de la verdad los que esperan encontrar débil á la patria de Carnot en caso de un conflicto.

El pueblo que sobre los escombros humeantes de Sedán echó los cimientos de la república, que olvidó en un momento todos los esplendores de la leyenda napoleónica, y en su delirante aspiración á un nuevo orden de cosas, fundó su grandeza actual entre las llamas fatídicas de la Comuna; el pueblo que en cerca de treinta años se ha afirmado en el régimen republicano, constituido ya sobre bases de granito, que desechó los halagos del Conde de Chambord, desoyó las sugerencias del Conde de París, serió de los arlequinescas convulsiones de Boulanger, se ha burlado de las proclamas del Duque de Orleans y apenas se fija en las agitaciones bonapartistas de ese pueblo apegado á su tradición, envanecido con sus viejas glorias, fiel y devoto á su ejército y adicto á sus instituciones en las que se ha educado y ha vivido la actual generación; resistirá con brío á las maquinaciones de sus enemigos interiores y opondrá firmes su escudo á los golpes de sus enemigos exteriores.

Es un hecho innegable la alianza franco-rusa. Si todavía no llega la reconciliación con Alemania, no está lejano el día en que una inteligencia cordial entre los vencedores y vencidos del «año terrible» ate á dos grandes pueblos apartados por rivalidades pasadas, pero unidos indudablemente por sus intereses coloniales amenazados á la continua por la incesante expansión británica.

* *

Y mientras se levantan los fantasmas de complicaciones presentes y de conflictos futuros, mientras se alzan amenazadoras las rivalidades actuales y las ambiciones por venir, sigue oyéndose serena y reposada la voz del autócrata moscovita, llamando á todos los pueblos á la conciliación y á la paz, por medio de la disminución gradual y progresiva en los desarmes marítimos y terrestres.

Cierto es que el gran propagador de estas doctrinas, como obedeciendo á la velocidad adquirida, como cediendo á determinaciones antes tomadas, mueve sus elementos de combate, concentra fuerzas en las fronteras, cambia de posiciones estratégicas sus ejércitos, y lo mismo en Odessa que en Vladivostock se apresta á todas las energías del imperio en sus relaciones con el volcán que puede abrirse en el Extremo Oriente, ó en cualquier punto de la accidentada frontera que lo divide de los diversos pueblos del Asia Central.

Cierto es que en la posibilidad de una guerra con la Gran Bretaña, no cesa la actividad febril en los arsenales rusos, y cada año se aumentan los créditos para el mejoramiento y desarrollo de la marina de guerra y no acaban los alistamientos en su ejército que cuenta sus batallones por millares.

Pero hay algo en la actitud del Czar, que ha merecido la atención de todos los gobiernos y será la base de las discusiones en el próximo congreso de la paz. Cuando se cuenta con la fuerza, cuando la indicación procede de un soberano que puede armar por millones á sus súbditos en caso de un conflicto armado, cuando se habla en nombre de un pueblo cuya extensión territorial forma casi la séptima parte de tierra habitada, esa voz debe ser atendida, y las resoluciones que se tomen habrán de influir de modo eficaz en la marcha ulterior de las naciones.

La dificultad que al parecer se oponía más á las proposiciones del desarme era sin duda la rivalidad entre Francia y Alemania; entre las dos se erguía la sombra de la última guerra, entre las dos se levantaba la Alsacia-Lorena sometida al imperio alemán.

Por encima de los odios de raza y de los rencores históricos, están los intereses coloniales que aproximan á esos pueblos. La dificultad se desvanece. La independencia ó la neutralización de esa Alsacia-Lorena se ve como posible.

Si la Gran Bretaña insiste en su alejamiento del movimiento general de los pueblos, si persiste en sostener todos los privilegios históricos de su raza, entonces ¿quién puede dejar de creer que la actitud pasiva de las grandes potencias se convierta en general coalición frente á las arrogancias británicas?

Sólo así se explica que como preliminares del desarme, los pueblos se preparen con nuevos armamentos.

27 de Enero de 1899.

*Luís
Pina Chiquero*

PIERROT DOCTOR

POR JULIO RUELAS.

EL ASUNTO.

La personalidad de Pierrot es sin duda de origen italiano, pero hay que convenir en que ha sufrido muchas transformaciones, al grado que de repugnante que era, es hoy simpático e interesante. El Pierrot italiano, era el símbolo del canalla y del bajo, del hipócrita y del malvado, del astuto y del desvergonzado.

Más tarde Pierrot fué simplemente astuto y vividor, y hoy es una mezcla extraña de lo bueno y de lo malo, de lo noble y de lo vulgar, que sufre épicas luchas sentimentales y que siente y que llora.

La literatura moderna le ha acabado de metamorfosear, pero ya antes Carlos Nodier, Julio Janin y Champfleury se habían deleitado en caracterizar ese símbolo y lograron transformarle de grosero mito popular, en intrincado temperamento psicológico, con sus ribetes de burlesco.

El divino Gautier marcó ya más claramente, y es delicioso su «*Pierrot Posthume*.» Pero cuando Pierrot adquirió su verdadera personalidad artística, fué en los tiempos en que Debureau creó el tipo en los «*Funambules*» de París. Desde entonces se ha comprendido al Pierrot moderno, y desde entonces también ocupa su puesto neto y claro entre las grandes figuras simbólicas, al lado de Fausto y de Hamlet, de Don Juan y del Quijote. Para convencerse de esto, basta leer á los modernos maestros. Julio Ruelas, que de tiempos atrás ha comprendido á fondo esa personalidad, tuvo la idea de hacer un *Pierrot doctor* y su empresa ha sido coronada de éxito.

He aquí cómo concibió su cuadro:

Pierrot ha tenido un rato de seriedad, ha pensado en quién sabe qué arcanos misterios y ha abierto un libro de medicina que le está revelando los maravillosos secretos de la máquina humana. Tiene entre sus manos un cráneo que parece intrigarlo grandemente y que en manos del alegre Pierrot, forma un contraste lleno de sugestión. Los accesorios del fondo contribuyen á hacer más vivo ese contraste: el bustito de parisiense, el mono de recortes, etc.

EL CUADRO.

Perfectamente dibujado y sentido, con una perspectiva tan buena como su modelado, el «*Pierrot doctor*» habla muy alto en pró de las grandes facultades artísticas de Ruelas.

El dibujo—tan desdeñado por esos emporcadores de tela que se abrigan con el elástico y dudoso manto del impresionismo—es siempre concienzudo en Ruelas y su «*Pierrot doctor*» lo demuestra elocuentemente en todos sus detalles.

El colorido es bien graduado y también demuestra el autor dominar por completo el claro-oscuro. Si algún defecto se le puede encontrar en su procedimiento, es cierta deficiencia en la apreciación del color absoluto, la cual hace que este cuadro aparezca con una entonación más fría de lo que se deseara.

La mano y el cráneo, los consideramos muy especialmente como obras maestras.

EL PINTOR.

Julio Ruelas es muy joven y apenas empieza á recorrer su vía artística.

Alumno del Colegio de Chapultepec siempre se dis-

EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES.



Santa Cecilia.

CUADRO DE FRANCISCO DE P. MENDOZA.

FOT. DE LUIS C. SANDOVAL.

tinguió en el dibujo, pero no se sintió inclinado á la carrera de las armas.

Para estudiar la pintura, fué á Alemania y en la atrayente Karlsruhe, capital de Baden, se entregó durante varios años á su estudio favorito.

Hoy se encuentra en México y no deja que su entusiasmo se entibie. Irá muy lejos porque su horizonte artístico es muy amplio, y porque está resuelto á dedicar su vida, por entero, á sus pinceles.

SANTA CECILIA.

POR FRANCISCO DE P. MENDOZA.

EL ASUNTO.

Difícil es aventurarse en tratar un asunto que ha sido manejado por tantos pinceles. El Sr. Mendoza, sin embargo, lo hizo dando remate á una obra que merece y ha obtenido muy sinceros elogios.

Desde Rafael Sanzio hasta Mignard y Delaroche,—pasando por Pablo Veroneso, el Dominiquino, Jaco-

instrumento para el abstracto simbolismo de la santa.

Otro punto curioso en las *Santas Cecílias* célebres, es el tipo que cada pintor ha dado á la santa. Rubens hizo á una flamenca de carnación opulenta y lacia; Veronese convirtiola en dogaresa veneciana.

A nuestro modo de ver, las más logradasson la de Simone Cantarini, (Pinacoteca nueva de Munich) y la de Jacopo Cavedone, en el Louvre.

Cimabue también interpretóla muy artísticamente en su *Martirio* que se encuentra en la Iglesia de Santa Cecilia en Florencia.

EL CUADRO.

El cuadro de Mendoza gusta, ante todo, por la suavidad de la entonación y la sencillez del asunto.

Representó á la santa de pié, lo cual muy pocos habían hecho hasta ahora, y guiada por una visión del Espíritu Santo.

Tiene defectos de dibujo y de perspectiva, sobre todo de perspectiva aérea.

El cuadro ha gustado bastante en lo general.

EL PINTOR.

Francisco de P. Mendoza es coahuilense. Estudió los rudimentos de la pintura en nuestra Escuela Nacional de Bellas Artes, prefiriendo el paisaje y lle-

po Cavedoni, el *Guerchino*, Simoni Cantarine, Rubens, Huberto van Eyck y Cimabue—todos los grandes pinceles se han inspirado en la dulce santa, virgen y mártir, que deleitó su espíritu con las inefables emociones de la música y que escogieron los filarmónicos como patrona.

Nada especial cuentan las historias sobre la infancia de Cecilia, sino que era pura como un lirio, bella más que las doncellas todas de su época y de su comarca y harto inclinada al arte melodioso, que entonces principiaba apenas á desenvolver su opulenta cauda de éxtasis y de maravillas. Cuando la figura de Cecilia aparece bien delineada, es ya adolescente y está obligada á desposarse con un cierto Valeriano, garzón gentil y bien nacido, pero de creencias paganas, como todos los garzones gentiles y bien nacidos de aquella época. Casábase la santa contra su voluntad toda y de nada sirvióronla sus resistencias ni sus preces.

Cuenta el hagiógrafo Sírrius que, durante la ceremonia nupcial, mientras ascendía un himno yocundo en celebración del himeneo, envió Cecilia á Dios sus alabanzas desde el fondo de su corazón (*in cordi suo soli Deo psallebat*), pidiéndole un imposible: la facultad de conservarse virgen eternamente.

Mas el Señor las escuchó y el mismo día convirtiése Valeriano al cristianismo y bastó una indicación de Cecilia para que el mancebo igualmente hiciera votos de castidad y de pureza.

Agradecida Cecilia por la merced recibida, ofreció á Dios toda su existencia desde entonces y alabábase en notas y melodías.

No se sabe á ciencia cierta qué instrumento tañía la santa; cállanlo los hagiógrafos, y los pintores que la han representado no están acordes en el punto. Quién la pinta tañiendo el arpa y quién tocando el organo; otros suponenla citarista y aún ha habido alguno que la pinte frente á un clavicordio Luis XV. En un boceto que conocemos de Puvis de Chavannes, vimos la cirringa griega, y á fé que cuadro ese rústico y primitivo

gando á ser uno de los más aventajados discípulos del Maestro Velasco. Después de aprender aquí el claro-oscuro, pasó á París pensionado por el Gobierno de Coahuila y en la Capital de Francia estuvo durante cuatro años, dedicándose á su trabajo con afán.

En París pintó su paisaje: «París visto desde el Monte Valeriano,» que es trabajo bastante logrado y que se encuentra en las galerías permanentes de la Academia de San Carlos de esta Capital.

Mendoza es muy joven y no dudamos que sabrá aprovechar sus energías para mayor gloria del Arte nacional.

ORACION.

Siempre que nuestro Semanario publica alguna reproducción de cuadros extranjeros, procuramos que sea de ese género inocente que idealiza con tierna ingenuidad los sentimientos más sencillos y las situaciones más dulces de la vida. Nuestro periódico está destinado á los hogares y no podríamos enviar á ellos nada que las madres mexicanas tengan que ocultar á sus hijos.

La niña de este precioso cuadro hace oración, llena, de fé, eso sí, en los ángeles buenos y en el Dios misericordioso; pero su plegaria se interrumpe á cada momento por las adorables distraicciones que llevan la fantasía infantil al mundo en que viven una vida real y sensible, los seres legendarios que nos acompañan en la infancia: la Virgen María, muy maternal y pura, los Reyes magos, guiadas por su buena estrella, los querubines sonrosados y alguna caperucita que pasa inadvertida en ese desfile religioso y pintoresco.

“ARIADNA.”

ESCULTURA POR J. NAVA.

Esta gran escultura, bastante lograda, fué enviada desde París por su autor, quien se encuentra pensionado allá por el capitalista Don Miguel Bringas.

El Sr. Nava fué discípulo del Profesor Alciati y á fé que este maestro puede estar satisfecho de su discípulo.

En la sala de escultura hay otras buenas composiciones del Sr. Nava, algunas de las cuales publicamos ya en el *Mundo Ilustrado*.

EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES.



ESCULTURA DE J. NAVA.

ARIADNA.

FIG. DE EL MUNDO.



ORACION.

CUADRO DE L. ROSSI.

¿DONDE ESTA ANDREE?

Desde el 11 de Julio de 1897 fecha de la partida de Andree sólo se ha recibido un mensaje auténtico del audaz navegante aereo. Según el mensaje el 13 de Julio, al medio día el globo había recorrido 225 kilómetros más allá en Spitsberg y seguía con rumbo hacia el E. A partir de ese momento cubre un misterio completo la suerte de la expedición y sólo puede calcularse por hipótesis.

Según Ekholm André no ha salido de la zona ártica, pues las leyes del movimiento atmosférico y la dirección seguida por el globo durante los dos primeros días del viaje, inducen á creer que ha avanzado hacia el Norte describiendo una serie de zig-zags. Calcula en treinta y tres días el tiempo necesario para la travesía de la región polar, suponiendo constante la velocidad de 110 metros por cada veinticuatro horas, según los datos de los dos primeros días. Cree Ekholm que el globo no podía flotar más de diez días y diez y seis ó diez y siete, abandonando la canastilla. La hipótesis parece confirmada por los hechos: si André hubiese llegado á la región del estrecho de Behring, mucho tiempo ha que habría regresado. Desembarcando á fines de Agosto de 1897 ya en el N. E. Siberia, ya en el N. O. de América, habría encontrado chouches ó esquimales que lo hubieran conducido á los puestos avanzados de los rusos ó americanos. Durante el estío anterior un ingeniero sueco recorrió una gran extensión del litoral del Norte de Siberia y sus resultados fueron negativos. No encontró huellas de los expedicionarios. Tampoco ha llegado noticia alguna de la región boreal de América. Si pues, llegó André al Asia Septentrional ó al Norte del Canadá, habrá parecido víctima del frío y del hambre como los tripulantes de la *Jeanette* que murieron en la desembocadura del Lena.

Los pronósticos no son más favorables si se cree que ha llegado á alguna otra región. Según la dirección de los vientos que reinaron en el Spitsberg septentrional, créese que el día 13 de Julio de 1897 el globo fué empujado hacia el nordeste. Supónese que habiendo tocado tierra en los parejes del territorio Francisco José y retirándose sobre los hielos flotantes habría llegado antes del invierno á la estación del Caba Flora, en la costa meridional del Archipiélago. La inquietud ha aumentado, pues, cuando se supo que los valientes exploradores no llegaron á ese lugar y que no había ningún indicio de su presencia en las islas meridionales de la tierra de Francisco José.

LA PSICOLOGIA DEL SALUDO.

EXEGESIS MODERNA.



REEN algunos que la primera forma del saludo fué el beso. El hombre debió sentir antes que nada el impetu oscuro é indefinido de acercar sus labios á otros labios, no para morderlos sino para oprimirlos. Tengo para mí que el instinto del beso radica en el propio organismo humano desde el principio.

Nadie enseña el beso á los niños rústicos ó salvajes que juegan á la margen del patrio río, y sin embargo en ímpetu irresistible de simpatía, esos niños acercan sus labios... Más tarde, comprendiéndose la nobleza de la caricia, los hombres la economizaron: la economizaron para el amor, el sentimiento anímico de más prosapia que haya existido jamás, la ley suprema que rige todas las vidas, los espíritus todos; y el saludo tomó otra forma.

Pueden enumerarse infinitos saludos desde los albores de la civilización hasta nuestros días, y si yo fuese erudito sería esta la oportunidad de desembuchar algunas páginas de enciclopedia.

Entre los orientales —diría— el saludo reviste una austeridad solemnidad. El oriental, con ligeras variaciones se lleva ambas manos al pecho, las posa luego sobre la frente de su amigo y enseguida se las besa.

Los primeros cristianos, reunidos para orar en las



SALUDO DE PROTECCION.

catacumbas sobre las cuales rugía la persecución de los Caligulas y los Diclecianos, imprimíanse en las mejillas, y en la frente como un casto saludo, un ósculo de paz, murmurando el nobilísimo *Dominus tecum* rezado todavía por la Iglesia en sus ceremonias tradicionales.

Durante la edad media el besamanos, de inferior á superior y la profunda reverencia constituyen el saludo universal; durante los siglos XVI, XVII y XVIII la graciosa caravana en que llevaba la parte principal, la lijera flexión de las rodillas, perpetuada por el minuet —oh! el adorable y parcimonioso baile!— fué el saludo típico y caracterizado.

En nuestro siglo el saludo se reduce—entre la gente civilizada se entiende, ya que aún hay salvajes que se dan los buenos días frotándose una contra otra las narices,—está caracterizado entre los hombres por el ademán ó el apretón de manos, y entre las mujeres por el beso—de judas?—en ambas mejillas ó por el movimiento de los dedos medios y anular, graciosamente agitados en dirección á la amiga que pasa á lo lejos.....

Pero en estas cuatro formas tan sencillas caben infinitas sub-firmas, infinitos detalles, algunos de los cuales vamos á anotar:

UN SALUDO DE PROTECCION.

El Jefe de Sección, el Ministro, el alto personaje de la Banca, recibe un solicitante.

De pié, cerca de su escritorio con la palma de la siniestra en él apoyada, mira tranquilamente acercarse



SALUDO OBSEQUIOSO.

al solicitante ó al humilde amigo. No merece éste flexión alguna considerable y apenas inclina la cabeza sin extender la mano. Pero el amigo humilde, el solicitante tímido, es cordial y afectuoso generalmente. Pues que no le tienden la mano el la tenderá con ímpetu halagueño.

Y su diestra tropieza con la mano fría, rígida casi del personaje.

Esa mano dice: Le tendré á usted presente..... Hay muchos solicitantes..... el personal es crecido.....

Y la solícita mano del amigo humilde responde, con presiones solicitadas: Eah! señor, un padre de familia con siete chamacos que pide cualquier cosa, cualquier cosa!

En cambio, si el que llega es un superior en el orden gerárquico ó social, un señor de polendas de esos que gastan levitón solemne, la mano rígida se hace flexible; el cuerpo se inclina, la cabeza se descubre y la cara adusta se torna en obsequiosa y sonriente con un gesto que subraya el consabido «Beso á usted las manos». Pero, cómo, mi buen señor Don Martín, tanto bueno por aquí. Con un simple recado yo me habría apresurado á ir para que me diera sus órdenes.....

Y no acaba nunca de hacer protestas de adhesión, respeto y amistad. Como que del nuevo visitante algo espera y mucho teme: acaso es el autor de alguna intriga que amenaza seriamente su posición, acaso algún rival que triunfa ó.... el Jefe de Sección que tramita el asunto pendiente en el Ministerio.



ESTOY MUY OCUPADO.

ESTOY MUY OCUPADO.

Claro! el tiempo es dinero. Pero hay gentes que nunca se resuelven á comprenderlo, gentes que se despiertan pensando: ¿á quién visitaré yo hoy? ¿qué haré hoy de mi día? y que se lanzan por esas calles de Dios con el propósito deliberado de detener á medio mundo.

Eah! ahí viene Fulano!

—Qué tal va, Fulano?

—Bien, gracias, responde Fulano con tan avinagrado gesto y actitud de tan pocos amigos, que á las claras dice:

—Hombre, tengo mucho que hacer.

—Y la familia?

—Buena, hombre, buena.

—No ha habido novedad?

—Ninguna, hombre, ninguna.

Al fin el saludador implacable se da por vencido y continúa en pos de otra víctima, y cuando las víctimas de las calles se agotan, el devorador de tiempo continúa implacable su martirio en los escritorios, en las tiendas, en las redacciones.

Ah! en las redacciones! No parece sino que el tiempo de los periodistas no cuenta para nada, según le devora todo el mundo con palpable mala fe.

Qué hace la víctima?

La víctima, en primer lugar, hace un gesto de poquísimos amigos, un gesto de herrero mal pagado y luego extiende nerviosamente la mano, con un movimiento rápido, breve, seco. Frecuentemente la mano izquierda es la que da el saludo furtivo y dice elocuentísimamente con su presión instantánea:

—Hombre, que atingencia tienes para llegar cuando uno está más ocupado; vete, me revientas!

Y la víctima continúa trabajando como si tal cosa, respondiendo con medias palabras á las impertinencias del visitante, hasta que éste se aleja, cayendo en la cuenta, después de haberse robado el mayor número de minutos posible, de que su amigo está ocupado y murmurando un:

—Veo que que te estoy quitando el tiempo y me retiro.

Dios mío, cómo en este siglo en que la legislación se halla tan adelantada no existe pena alguna contra esos ladrones, peores que los bandidos caballerescos del camino real, que se llaman ladrones de tiempo?

LOS SALUDOS EPILEPTICOS.

Hay,—según un viejo refrán—hombres que se levantan á hacerse amigos y hombres que se levantan para hacer justamente lo contrario, y eso no es voluntario, sino fatal, es lo que se llama *sangre ligera* ó *sangre pesada*.

El hombre de *sangre ligera*, se hace simpático á primera vista: un instinto que pudiéramos llamar de coquetería masculina, pues tiene por fin el deseo de agradar, le aconseja el apretón de manos franco y cordial, ese efusivo *Shake hand* netamente latino, por más que ahora se le bautice con un nombre forastero.

Hay en cambio un *Shake hand* que pudiéramos llamar epiléptico, el cual está constituido por dos movimientos: la mano estrecha con cierto ímpetu nervioso á la mano que se le tiende, pero luego la rechaza como si la efusión del primer movimiento le fuera penosa..... Generalmente el que recibe un saludo de estos se siente ofendido, sin entrarse en psicologías y pasa á ser uno de esos enemigos ocultos cuyo odio para nosotros está hecho de sutilezas, de agravios tenues: de un saludo frío, de un rozamiento de hombros, de una palabra mal interpretada....

EN LAS MUJERES.

Cuando una mujer adopta por temperamento y por instinto el primero de los saludos mencionados arriba, es adorable. Un saludo así, le granjea amigos sinceros. Nadie puede permanecer indiferente ante ese cordial apretón de manos, que nos vuelve simpática y amable aún á la señorita fea y que—oh! Dios mío!—á nada compromete por cierto, absolutamente á nada compromete, como las miradas, como las sonrisas, que son manifestaciones *inminentemente retirables*, valga la frase.....

En cambio, conozco mujeres linfáticas que al saludar no flexionan los dedos, que simplemente rozan la palma de su mano con la palma de la vuestra, que mantienen rígida esa mano ante la opresión de la otra....

Ah! si esas mujeres no fuesen á veces tan bellas á pesar de todo, serían odiosas, absolutamente odiosas!

PROTECCION A DISTANCIA.

Sí, es eminentemente protector ese movimiento de la mano, de los dedos medio y anular, para saludar al amigo que va por la acera opuesta..... Casi diríamos que es un bofetón que se lanza elegantemente, ó al enemigo, ó al *amigo íntimo*, ó simplemente al individuo cuyo único delito es ser un pobre diablo....

Es el saludo del hombre enriquecido momentáneamente, que ve á todos los demás por encima del hombre; es el saludo del necio que juzga valioso hasta un signo de manos....



PROTECCION A DISTANCIA.

Desgraciadamente hay muchos tontos que viven de los saludos de los personajes; tímidos sujetos, pobres de espíritu para quienes la mayor dicha es tener relaciones aun cuando ellas no les valgan nada práctico; infelices que deliran porque una mano enguantada les haga un signo misericordioso desde la ventanilla de un *coupé*... y que obtenida la gracia vuelven el rostro en todas direcciones para darse cuenta de quiénes vieron el saludo. «Ya ven ustedes como me ha saludado fulanita?» parecen decir esos pobres rostros imbéciles.

Ah! compadezcamos á esos infortunados que se nutren con tan metafísicas manifestaciones sociales...

Hay también otros, no menos dignos de compasión, aunque pertenezcan á una clase social más elevada, para quienes el saludo á distancia del personaje encopetado, significa el logro ó la destitución del empleo, el goce de una prebenda ó la muerte por inanición, según sea ese saludo amable ó serio.

—Hoy el Ministro me saludó muy cariñosamente, dicen al volver á casa; ó bien:

—Qué le pasará al Gobernador de...? Le habrán llevado algún chisme, porque apenas se dignó contestarme.

Y cavilan, indagan y no dan punto de reposo á su inquieto espíritu hasta que encuentran la clave del misterio.



BROMEANDO.

Así como hay hombres que nacen para lamentarse hay hombres que nacen para reír con una risa cándida ó agresiva.

La broma es para ellos una necesidad imprescindible.

Al levantarse, fraguan el bromazo del día y al acostarse meditan en el bromazo realizado.

Son ellos quienes llevan la broma hasta el saludo; ellos son quienes reconociendo á un amigo que los precede en la calle, le tocan afectuosamente la espalda y prosiguen con rapidez el camino, de suerte que el saludado vuelve hacia atrás la mirada para buscar al confanzado... que ya marcha delante, y no encontrándole, quédase perplejo.

Son ellos quienes nos llegan por la espalda cuando más ocupados estamos, y nos cubren los ojos con las manos, preguntando con voz fingida: «quien soy?»

Son ellos, por último, quienes en las *bolas* nos decretan una *villa* y luego se pierden entre la multitud...

He aquí una clase de guasones—si tonta y á las veces candorosa no por eso menos perjudicial—que debiera ser castigada con represalias serias de sus agresiones *ingenuas* y sólo de *por no dejar*.

El bromista de *esprit* suele ser amable; el guasón cazurro y lebrón es odioso. Sus *flaquezas* son de las *más gordas* que podemos tolerar al prójimo.



DE CONFIANZA.

LA EMBESTIDA.

¡Oh! hay corazones que se derriten como la cera al fuego de un afecto! almas eminentemente expansivas, *furiamente afectuosas*, que no pueden contenerse en el camino de las ternuras!

Generalmente tienen la agravante de informar un cuerpo sanguíneo, tremendo de robustez y son un amago para las costillas de los que aman.

Conocí á un buen labrador llamado Atenógenes, hércúleo y corpulento, el cual *gracias* á un abrazo efusivo, rompió la espina dorsal á su mujer, una mujercita anémica y descrida, de quien estaba enamorado por la ley de los contrastes...

Regularmente una ausencia prolongada sirve de pábulo á uno de esos abrazos de oso polar.

Va usted por la calle, muy quitado de la pena, cuando advierte que á diez pasos de distancia lo aguarda la fiera con los brazos abiertos y una sonrisa llena de júbilo...

Usted quiere escaparse, pero no hay salvación: la fiera avanza y... paf! lo tritura á usted entre sus *remos* musculosos, con ímpetu tal que lo levanta del suelo.

Usted gime, asfixiado á medias, pero el troglodita aquel interpreta su gemido como un signo de alegría y aprieta, aprieta más hasta que usted cae, *descoyuntado de amistad* á sus piés...

Hay cariños que matan... cuando no sofocan...

MUTUA CONSIDERACION.

Eso de las categorías suele equilibrarse. Por qué no habían de encontrarse alguna vez dos hombres de categoría igual?

En tal caso, que no por raro es increíble, cada uno de los personajes pretende estrechar más sólidamente la mano del otro y elevarla casi hasta sus labios, de suerte que ambas manos unidas forman un arco, un arco triunfal levantado á las mutuas consideraciones.

Las cabezas por su parte se inclinan al mismo nivel, á un nivel matemático, porque, es claro, se reputaría tácitamente inferior quien la inclinase más y ya lo hemos dicho: ambos son superiores hasta idéntica altura, ambos se necesitan y se temen sobre todo, por

más que cada uno en su interior se diga mirando al otro:

—Bah! pero si junto á mí ese hombre... es una chuchería! nada más que una chuchería!

EL PAR DE BESOS.

Y por qué habrán dado en llamar á estos besos, besos de Judas? Acaso porque las enemigas íntimas se besan con más efusión que las amigas. De todas suer-



EMBESTIDA.

tes esos besos de Judas son deliciosos, cuando menos por la envidia que causan y porque están llenos de misericordia algunas veces.

Quién, sin el vigor de tal costumbre besaría á la solterona beata y fea por añadidura, dándole momentáneamente siquiera la ilusión de un hogar y de una familia que no tiene?

Por lo demás, ese saludo no es mexicano; nos vino de fuera y va cayendo en desuso. En Europa, hoy por hoy, ya no se besan sino las enemigas, acaso porque un beso es la caricia que más cerca está de una mordida...

EL SALUDO MAS LARGO.

No sé quién dijo que donde hay mucho amor hay mucho bienestar. Y ante ese bienestar huelgan las palabras y se desean las caricias tranquilas.

La aproximación al objeto amado nos basta. Sabemos que está ahí, cerca de nosotros, que nos ama también y callamos de miedo que con las frases ardorosas se evapore la esencia divina, de dicha y gloria que llevamos dentro...

Pero las manos se buscan, se encuentran y se oprimen, como *dos amigas después de una larga ausencia*.

Oh infinita poesía de las manos enlazadas! enlazadas por mucho tiempo, transmitiéndose su calor y su vida.



MUTUA CONSIDERACION.

En rededor todo calla; cae la sombra como para esconder una dicha que profanaría la luz indiscreta, y sólo las manos continúan su divino lenguaje.

Y es este el saludo más largo.

DEMETRYOS.

MEXICO MODERNO.



CASA DEL SR. SANTIAGO MIER, EN LA RIBERA DE SAN COSME.

EL 3.^{er} SUPLEMENTO
DE "EL MUNDO ILUSTRADO."

Con el número de hoy se reparte nuestro 3.^{er} Snplemento. Por él podrán juzgar los lectores de este Semanario la firmeza y tenacidad con que perseguimos el perfeccionamiento de una publicación que en su índole no tiene rivales en la República, y que no obstante eso y el favor del público, procuramos mejorar diariamente.

Creemos que todo debe hacerse por un público que como el que lee *El Mundo Ilustrado*, alienta las obras favorables al progreso nacional. Estamos en nuestro papel dando á sus exigencias muy justas, la satisfacción que nos permiten los medios de que disponemos.

El cuadrito de género del Sr. Martínez Carrión (á quien no nos toca elogiar como quisiéramos) necesitaba un fotocromo para que cobrara vida esa pintoresca escena de costumbres nacionales.

Esperamos que nuestros lectores hallarán de su gusto nuestro 3.^{er} suplemento.

¿Cuál es el acontecimiento
capital del siglo?

El *Petit Journal* de Berlín hace esta pregunta, á la que se ha dado diversas contestaciones... originales.

Como es natural muchos creen que en el siglo XIX nada hay que pueda compararse con la fundación del Imperio Alemán por el Canciller de Hierro. Otros prefieren á ese hecho político el descubrimiento del principio de la conservación de la energía por Meyer; otros, la teoría de Darwin; otros, los trabajos de Lister; otros, el descubrimiento del cloroformo, ó la bacteriología ó el análisis espectral.

La Sra. Berta Suttner propone el manifiesto del Czar: el marido de ella cree que el hecho capital del siglo es la iniciativa de Zola: algunas damas hablan del movimiento feminista.

Algunos literatos dicen que el socialismo es lo más notable del siglo de las luces y el Profesor Barnett se declara por... de la visita del Embajador á Jerusalén. En cambio alguien interviene en favor de la publicación de la segunda parte del Fausto de Goethe.



CASA DE LA PROPIEDAD DE LA FAMILIA ROMERO RUBIO, EN LA CALLE DE SAN ANDRES.

ZOLA EN EL DESTIERRO.

SU ÚLTIMO CUENTO.

ANGELINA.

I.

Hace como dos años, pedaleaba yo á lo largo de un camino desierto, hacia Orgeval, cerca de Poissy, cuando la vista repentina de una casa situada á la vera de la vía, prodújome una sorpresa tal que salté de mi máquina con el fin de buscar un punto de vista mejor.

Era una construcción de ladrillo sin signo alguno característico, y se erguía allí bajo el cielo amarillo de Noviembre, entre el frío viento que barría las hojas muertas, en el centro de espacioso terreno plantado de viejos árboles.

Lo que la hacía notable, lo que le prestaba un medroso aspecto, una fisonomía salvaje, hosca, extraña hasta oprimir el corazón, era el absoluto abandono en que había caído.

Una parte de la verja estaba derruida y en un letrero de letras semiborradas por la lluvia, se anunciaba que la casa se vendía. Atravesé el jardín, impulsado por una curiosidad mezclada de malestar y angustia.

La mansión debía haber estado desocupada treinta ó quizá cuarenta años. Los ladrillos de las cornisas y ornamentos, habían sido desmembrados por los viejos inviernos y entre ellos crecían musgos y líquenes.

Varias grietas que hablaban de una precoz ruina, hendían el frente del edificio que aún parecía fuerte aún cuando nadie tenía ya cuidado de él.

Los umbrales cubiertos de nieve y profanados por secas guías trepadoras, tenían un tristísimo aspecto de desolación y de muerte.

Pero lo sombrío y melancólico del edificio se particularizaba todavía más en sus ventanas verdosas, semi-destruidas, cuyos vidrios habían sido rotos á pedradas y que mostraba el absoluto vacío de los cuartos, abiertas algunas de ellas, como los ojos sombríos que hubiesen quedado abiertos en un busto inanimado.

Por su parte el espacioso jardín ofrecía una escena de devastación. Los antiguos lotes de flores apenas podían distinguirse entre la vegetación inculca. Las callejuelas habían desaparecido devoradas por plantas hambrientas de tierra; los macisos de árboles habíanse convertido en florestas vírgenes; había ahí toda la vegetación de un cementerio abandonado, sobre todo en los grandes y añosos árboles, cuyas últimas hojas eran barridas aquel día por el viento de Otoño que repartía por todas partes su doliente querella.

Largo tiempo permanecí contemplando aquella mansión próxima á desaparecer, con el espíritu oprimido por una creciente angustia. Algo como una ardiente misericordia me hacía simpatizar con aquella tristeza y aquel abandono que me rodeaban. Cuando por último abandoné aquel sitio, percibiendo á lo largo del camino, en un lugar en que éste formaba recodo, una especie de taberna, una venta donde se vendía de beber, entré ahí resuelto á preguntar algo á los vecinos.

Pero únicamente encontré á una anciana que se quejaba y suspiraba en tanto que me servía un vaso de cerveza. Lamentábase de vivir en aquel apartado camino, por el cual escasamente pasaba un par de ciclistas al día. Habló interminablemente refiriéndome su historia, relatándome que era llamada la tía Toussaint, que ella y su hombre habían venido de Vernin á tomar por su cuenta aquella taberna, que los negocios habían ido muy bien al principio, pero que al fin habían ido de mal en peor hasta que ella envidió.

Cuando, después del aluvión de sus palabras, empecé á preguntarle acerca de la casa vecina, volvióse repentinamente circunspecta y me examinó con desconfianza como si pensara que yo trataba de sorprenderle algún secreto.

—Ah! sí, díjome «La Sauvagiere» la casa de los espantos, como el pueblo dice por aquí. Por mi parte nada sé, señor, eso no data de mi tiempo. Pronto tendré aquí treinta años y las cosas de que hablan se remontan á cuarenta ahora. Cuando nosotros vinimos aquí ya estaba poco más ó menos como usted la ve. Pasan los veranos, pasan los inviernos y nada acae fuera de la caída de alguna piedra.

—Pero por qué—pregunté yo—por qué no se ha vendido puesto que está de venta?

—Ah! por qué? por qué? Puedo yo decirlo? El pueblo refiere tantas cosas.

Yo empezaba sin duda á inspirarle alguna confianza. Además, interiormente debía ella estar con deseos de decirme todas esas cosas que el pueblo decía. Empezó por relatar que ninguna de las muchachas de la vecindad se había atrevido jamás á entrar en la Sauvagiere después del crepúsculo, porque corría el rumor de que una pobre alma en pena iba ahí todas las noches. Como yo expresase mi asombro de que una

historia semejante hallase aún crédito tan cerca de París, ella se encogió de hombros, intentó hablar como una mujer de espíritu fuerte, pero pronto la traicionó el terror que no quería confesar.

—Hay hechos que no pueden negarse, señor. Me pregunta usted por qué no ha sido vendida la casa? He visto llegar á muchos compradores y todos se han ido más aprisa de lo que vinieron y ninguno ha vuelto por segunda vez. Ahora bien, un hecho cierto es que tan pronto como el visitante se atreve á penetrar en la casa, algo extraordinario le acontece. Las puertas rechinan y se abren y se cierran por sí solas con un ímpetu tal cual si hubiese grandes ventarrones.

Oyense lloros, lamentos y sollozos, que ascienden de los sótanos; y si el visitante permanece obstinadamente, una desgarradora voz exhala este continuo grito: Angelina! Angelina! Angelina! con llamamiento de un tono tan desolador que los más audaces se estremecen. «Esto ha acontecido muchas veces.»

Puedo asegurar que no soy supersticioso y sin embargo sentí correr por mi piel un ligero escalofrío.

—«Y esta Angelina, quién es?» pregunté.

—«Oh, señor, sería necesario decirselo á usted todo. Y una vez más, por lo que á mí toca, no sé absolutamente nada.»

No obstante, la buena mujer acabó por decirlo todo.

—Como unos cuarenta años antes—en 1858 ó poco más ó menos—en los tiempos en que el segundo imperio triunfante, estaba siempre de fiesta, el Señor de Gourand, un funcionario de las Tullerías, perdió á su esposa, de la cual tenía una hija de unos diez años de edad—Angelina, una maravilla de belleza. Dos años más tarde el Señor de Gourand se casó de nuevo con una hermosura famosa, la viuda de un general. Y se dijo que á partir justamente de estas segundas nupcias brotaron unos celos atroces entre Angelina y su madrastra. La primera sufría horriblemente al ver á su propia madre olvidada ya y sustituida tan pronto por una extraña, y la otra padecía una inmensa tortura al ver siempre ante ella aquel viviente retrato de una mujer cuya memoria tenía no fuera capaz de borrar nunca.

La Sauvagiere era propiedad de la nueva señora Gourand y ahí, una noche, viendo al padre besar apasionadamente á su hija, ella en su celosa locura, según se dijo, dió á la niña un golpe tan tremendo que la pobrecita cayó muerta sobre el pavimento.

Lo que pasó después fué horrible; el débil padre consintió en sepultar á su hija con sus propias manos en uno de los sótanos de la casa con el fin de salvar á la asesina, ahí yacieron los restos de la niña durante años, en tanto que se afirmaba que ésta vivía al lado de una tía, y por fin un día, los aullidos de un perro y su persistente rascar en la tierra que cubría el cadáver llevaron al descubrimiento del crimen, en el que sin embargo se sobreselló por mandato de las Tullerías, y ahora el señor y la señora Gourand duermen para siempre, en tanto que Angelina vuelve cada noche al llamamiento de esa desgarradora voz que la llama desde más allá de las misteriosas esferas, más allá de las sombras.

«Nadie me contradecirá» concluyó la tía Toussaint, «todo es cierto.»

Yo la había escuchado perplejo, hallando aquello bien dudoso, pero dominado no obstante por la extrañeza de aquella tragedia. Algo había oído hablar de ese señor de Gourand y me parecía recordar, en efecto, que se había casado por segunda vez y que alguna pena de familia había ensombrecido su existencia. ¿Era cierta la historietta? ¿qué conmovedora y trágica en ese caso! Todas las humanas pasiones nos incitan, nos llevan, nos exasperan hasta la locura; así, pues, la más temible historia de amor puede ser cierta, aún la de una niña tan hermosa como la luz del día, adorada por su padre, muerta por su madrastra y sepultada por aquél en el rincón de un sótano.

Había, en ese caso, más caudal de horror y emoción del que podía yo atreverme á esperar.

Estaba yo á punto de interrogar de nuevo á la vieja mujer, cuando pensé: A qué hacerlo? Por qué no continuar aquella medrosa historia buscándola yo mismo en su fuente, tal cual había herido la imaginación popular?

Al saltar de nuevo sobre mi bicicleta dí un último vistazo á la Sauvagiere. La noche caía, y la sombría casa me miraba con sus negras y vacías ventanas semejantes á los ojos de un cadáver, en tanto que el cierzo otoñal seguía barriendo las hojas de los viejos árboles.

II

Por qué se fijó en mi mente esa historia hasta volverse una obsesión real, un perfecto tormento?

Es este uno de esos problemas intelectuales difíciles de resolver.

En vano me dije que hay muchas leyendas semejantes en los distritos rurales y que yo no tenía nada que ver con esta. A despecho de todo, seguía obsesionándome aquella niña muerta, aquella adorable y trágica Angelina á quien todas las noches hacía cuarenta años llamaba una voz desolada en las cámaras vacías de la casa abandonada.

Así pues, durante los dos primeros meses del invierno hice investigaciones. Era evidente que si algo, por mínimo que fuera, se hubiese transpirado de un episodio tan dramático, los periódicos de aquel tiempo habrían hablado de ello. Empero por más que ratoneé entre las colecciones de la Biblioteca Nacional, nada pude descubrir acerca de esta historia. Entonces pregunté á los contemporáneos de ella, á los hombres que habían tenido acceso á las Tullerías, pero ninguna pudo darme una respuesta positiva; sólo obtuve informes contradictorios, así es que aunque todavía y siempre torturado por el misterio, había ya abandonado toda esperanza de llegar á la verdad, cuando el azar me puso una mañana tras una buena pista.

Cada dos ó tres semanas pagaba yo una visita de buena camaradería, afectación y admiración al viejo poeta Valoise, que murió el último Abril, septuagenario. Una parálisis de las piernas le había confinado hacía muchos años á una silla rodante en su estudio de la calle de Assas cuya ventana dominaba el jardín del Luxemburgo.

Ahí acabó él su serena y soñadora vida, pues que siempre había vivido imaginariamente, fabricándose un palacio de idealidad, en el cual había amado y sufrido lejos de lo real. Quién de nosotros no recuerda sus refinadas y amables facciones, su pelo blanco peinado en bandas como el de un niño, sus pálidos ojos azules que habían retenido la inocencia de la juventud?

Era un viejo encantador desprendido hacía mucho de la vida, cuyas palabras frecuentemente me colmaban de emoción como si realmente fuesen una vaga y discreta revelación de lo desconocido.

Un día charlaba yo con él cerca de la ventana del cuarto que siempre calentaba un fuego cordial.

Afuera, helaba terriblemente.

Los jardines del Luxemburgo, recortábanse blancos de nieve en el amplio horizonte de inmaculada pureza.

Y no sé cómo, pero acabé por hablarle de la Sauvagiere y de la historia que me obsesionaba todavía; aquel padre que se había vuelto á casar y aquella madrastra celosa de la niña, y aquel asesinato perpetrado en un ímpetu de furia y el entierro en un sótano. Valoise me escuchó con una tranquila sonrisa que no le abandonaba ni en los momentos de tristeza. Después siguió un silencio durante el cual sus pálidos ojos azules erraron sobre la blanca inmensidad del Luxemburgo, en tanto que se retrataba en él una melancolía de ensueño que impregnaba de languidez nuestro rededor.

«Conocí muy bien al Señor de Gourand,» dijo suavemente. «Conocí á su primera esposa cuya hermosura era sobrehumana. Conocí á la segunda que era no menos maravillosa, y amé apasionadamente á las dos sin decirselos jamás. Conocí también á Angelina que era todavía más hermosa que ellas, y ante la cual más tarde, todos los hombres hubiesen caído de rodillas. Pero no acontecieron las cosas como usted dice.»

Mi emoción era profunda.

Iba á escuchar la inesperada verdad que ya me parecía imposible encontrar? Al principio no sentí turbación alguna, pero le dije: «Oh! qué servicio me presta usted, amigo mío. Por fin podré aquietar mi pobre cerebro! Dése usted prisa en relatármelo todo.»

Pero el no me oía. Seguía distraído, vagando espiritualmente á lo lejos, y empezó á hablar con una voz de ensueño como si crease en su cerebro los seres y las cosas, prosiguiendo así.

A los doce años de edad, Angelina era una de aquellas en quienes florece prematuramente todo el amor de la mujer con todos sus impulsos de alegría y de pena! Fué ella quien sintió desesperados celos de la nueva esposa á quien veía siempre en los brazos de su padre.

«Sufría por esto como si se tratara de un horrible acto de traición; no sólo á su madre la había insultado con aquella nueva unión, sino que con el mismo golpe le torturaba á ella el corazón. Todas las noches oía también que su madre la llamaba desde la tumba, y una noche, resuelta á acudir á su llamado, aquella

niña que tenía sólo doce años edad, llegada al exceso del sufrimiento y al exceso del amor, se hundió un cuchillo en el corazón.»

Se me escapó un grito. «Dios de los cielos, es posible.»

«Cuán grande fué el horror y la angustia! Cuando en la mañana el señor y la señora de Gourand encontraron á Angelina en su camita, con aquel cuchillo hundido en el corazón, estuvieron á punto de enloquecer. Prepáranse á salir para Italia y de todas sussirvientes resolvieron dejar en la casa solamente á una vieja nodriza que había criado á la niña. En su terror, temiendo ser acusados de un crimen, indujeron á la mujer á ayudarles á sepultar el cuerpo, pero en un rincón del invernadero al pié de un gran naranjo y ahí fué encontrado el día que, muertos los padres, la vieja criada refirió la historia.»

Habían surgido en mí algunas dudas en tanto que él hablaba y ansiosamente le examinaba temiendo que hubiera inventado esto.

Pero dijo él: «usted también cree posible que Angelina pueda volver todas las noches respondiendo á la voz desgarradora y misteriosa que la llama?»

Y al decir eso me miró y sonrió indulgentemente una vez más.

«Volver, amigo mío? ¡Bah! todos vuelven. Por qué el alma de esa querida niña muerta no habría de penar en el paraje en qué amaba y sufría?»

Si se oye una voz que la llama, es porque la vida no ha empezado de nuevo para ella. Pero de nuevo comenzará, esté usted seguro, porque todas las cosas recomienzan. Nada se pierde, ni el amor ni la belleza. Angelina! Angelina! Angelina! así es llamada y tornará á nacer para la luz del día y para las flores.

Decididamente ni la creencia ni la tranquilidad me volvían. En verdad mi viejo amigo Valoise, el poeta, no había hecho más que aumentar mi tormento.

«Es cierto todo qué lo me ha dicho usted? me aventuré á preguntarle con una sonrisa.....

El se volvió á mí sonriendo amablemente:

«Cierto sin duda alguna. No es cierto acaso el infinito?»

Y esa fué la última vez en que le ví porque poco después tuve que abandonar á París.

III

Pasaron diez y ocho meses. Habíame sido preciso viajar; grandes contrariedades y grandes alegrías habían agitado mi vida, en medio de ese ímpetu de tormenta que nos empuja á todos hacia lo desconocido. Pero en momentos determinados tornaba yo á oír el medroso grito: «Angelina! Angelina! Angelina!» aproximándose de lo lejano y penetrándome; y entonces me estremecía lleno una vez más de duda y torturado por mi deseo de saber. No podía olvidar y para mí no hay peor infierno que la incertidumbre.

No podría decir cómo aconteció que una espléndida tarde de Junio, torné á hallarme sobre mi bicicleta, en la apartada ruta que pasa frente á la Sauvagiere. ¿Había yo deseado expresamente ver de nuevo el sitio ó era un mero instinto el que me había impelido á dejar el camino real é internarme en aquella dirección?

Eran cerca de las ocho, pero como empezaban los días más largos del año, el cielo estaba todavía radiante, con un triunfal crepúsculo todo de azul y oro. Y qué clara y deliciosa era la atmósfera, qué agradables los efluvios del follaje y de los céspedes, qué blanda y dulcemente alegre la extensa paz de los campos!

Como en la primera ocasión, el asombro me hizo saltar de mi máquina en frente de la Sauvagiere. Vacilé por un momento. El sitio, no era ni con mucho, el mismo.

Una elegante verja de hierro nueva, reimpaguable ante el crepúsculo. Los muros habían sido reparados, y la casa por lo que de ella podía distinguir entre los árboles, parecía haber readquirido la sonriente alegría de la juventud. ¿Era esa entonces la resurrección predicha? Había vuelto Angelina á la vida, al llamamiento de la voz distante?

Permanecía yo en la ruta, todavía asombrado y absorto, cuando el rumor de unos pasos que se arrastraban me hizo estremecer. Volví la cabeza y ví á la tía Toussaint que regresaba á su vaca de unos pastos cercanos.

«Así, pues, estos inquilinos no se asustarán, eh? le dije indicando la casa.

Ella me reconoció y se detuvo con su bestia. «Ah!, Señor» me respondió. Ahí hay gente que debe estar protegida directamente por Dios! La localidad fué vendida hace más de un año. Pero fué un artista quien la compró, y esos artistas, ya lo sabe usted, son capaces de todo.»

Después se retiró con su vaca, moviendo la cabeza y añadiendo: «Bueno, bueno, ya veremos en qué para eso!»

Bonnat, el pintor, el delicado y exquisito artista que había retratado á tantas amables parisienses! Yo le conocía un poco. Nos dábamos un apretón de manos al encontrarnos en los teatros, en las exhibiciones, donde quiera que uno se puede encontrar. De suerte que inmediatamente se apoderó de mí un irresistible impulso de entrar, de hacerle á él mi confesión y pedir-



le que me dijese qué sabía acerca de esa Sauvagiere cuyo misterio me obsesionaba aún.

Sin razonar, sin pensar siquiera en que llevaba un traje de ciclista, que por lo demás en un camino era permitido, abrí la puerta y arrimé mi máquina al musgoso tronco de un árbol. Al toque del timbre fijado á la puerta, vino una criada. Le dí mi tarjeta y ella me dejó por un momento en el jardín.

Mi sorpresa aumentaba más todavía cuando veía en mi derredor.

El frente de la casa había sido reparado, ya no había grietas ni ladrillos separados. Los lotes florecidos de rosas, parecían una vez más dar la alegre bienvenida; y ahora las ventanas, vivientes, sonreían y hablaban de la felicidad que se albergaba tras de sus cortinas.

El jardín había sido desembarazado de sus matorros y parásitas; los lechos de flores, todos lozanos y redivivos parecían una enorme y fragante canastilla de bodas, y los viejos árboles, irguiéndose en medio de la quietud de los siglos, se rejuvenecían con la lluvia de oro del sol de estío.

Cuando volvió la criada me introdujo á un salón de fumar, diciéndome que su amo había ido á la vecina aldea, pero que pronto estaría de vuelta. Yo le habría esperado horas enteras. Al principio hice provisión de paciencia examinando el cuarto que estaba elegantemente alhajado con pesados tapices, con cortinajes de cretona semejante á la que cubría el sofá y los sillones. Las tapicerías eran tan gruesas que no dejé de sorprenderme ante la repentina caída del día. Entonces vino la obscuridad casi completa.

No sé cuánto tiempo permanecí ahí. Me habían olvidado, no habían encendido para mí ni una lámpara. Sentado en medio de la penumbra, tornaba otra vez á mis sueños y volvía á vivir plenamente en la trágica historia. ¿Había sido Angelina asesinada? ó ella misma se había dado muerte? Y, debo confesarlo, en aquella casa frecuentada por los espíritus, donde todo se había vuelto tan negro, empezó á sorprenderme el miedo, un miedo que se iniciaba con cierto indefinible malestar, con una alteración ligera en la respiración, pero que después me asió de los pies á la cabeza, hasta que estuve todo lleno de un pánico loco.

Parecióme al principio que de todas partes ascendían vagos sonidos. Venían sin duda de lo profundo de los sótanos. Ahí había lamentos, sollozos, quejas de algún fantasma.

Y súbitamente surgió el terrible llamamiento, «Angelina! Angelina! Angelina!» con tan creciente ímpetu que yo creía que me azotaban el rostro con hielo.

Una puerta de la cámara se abrió violentamente y Angelina entró y cruzó la pieza sin mirarme. La reconocí á favor del haz de luz que entró con ella de la sala, donde ardía una lámpara. Era realmente ella, la pobre niña muerta á los doce años de edad, tan maravillosamente bella. Su espléndida cabellera rubia caía sobre sus hombros, y estaba vestida de blanco. Había vuelto toda blanca de la tumba de donde surgía todas las noches. Muda, absorta, pasó ante mí y se desvaneció á través de otra puerta en tanto que el grito surgía de nuevo á lo lejos: Angelina! Angelina! Angelina! Y yo permanecí rígido; empapado en sudor frío, en un estado de horror que me abrumaba hasta el último extremo porque era el terror hiriente que venía del misterio.

Casi inmediatamente después, entró por fin una criada trayendo una lámpara, y advertí que Bonnat, el pintor, estaba detrás de mí, tendiéndome su mano y disculpándose de su tardanza. No me mostré herido por ella y todavía lleno de miedo le referí mi historia. Con qué asombro me escuchó él al principio y después con qué bondadosa sonrisa me tranquilizó.

«Usted no sabe, sin, duda, mi querido amigo, que yo soy primo de la segunda señora de Gourand. Pobre mujer! Acusarla de que asesinó á esa niña á quien amaba tanto como su propio padre!

Porque el único punto cierto es que la pobre niña murió aquí, no, gracias al cielo! por su propia mano, sino de una repentina fiebre que la derribó como un rayo, de tal suerte que los padres abandonaron, llenos de horror, esta casa y nunca quisieron volver á ella.

La morada quedó pues, vacía mientras ellos vivieron. Después de su muerte, por orden de la autoridad se puso en venta. Yo deseo comprarla, lo deseo hace algunos años y le aseguro á usted que desde que vivimos aquí no ha habido aparición ninguna.»

Pero el recuerdo de la aparición vino á mi mente y exclamé: «Pero si yo mismo acabo de ver á Angelina en este momento! La terrible voz la llamaba, pasó frente de mí, cruzó esta pieza.»

El me miró con inquietud, como temiendo que mi cerebro no estuviese bien. Pero de pronto, lanzó una sonora carcajada.

«Es mi hija la que usted vió, de la cual el señor de Gaurand vendría á ser tío político; y en memoria de su querida hija le pusimos Angelina. Sin duda su madre la llamaba justamente hace un momento y pasó por esta pieza.»

Entonces, abriendo él mismo la puerta gritó una vez más: «¡Angelina! ¡Angelina! ¡Angelina!»

Y la niña volvió, no muerta sino viva, llena de alegría juvenil. Era ella, con su blanco traje, su espléndido cabello rubio cayéndole sobre los hombros, y tan hermosa, tan radiante de esperanza que parecía como una encarnación de todo lo primaveral de la vida, mostrando la promesa del amor y la promesa de largos días de ventura.

Ah! la cara aparecida! la nueva niña que había surgido de aquella que no existía más! Mi amigo el poeta Valoise no me había dicho mentira: Nada se pierde, todo renace, aún la hermosura, aún el amor.

Las voces de las madres las llaman; llaman á las adolescentes de hoy, á las novias de mañana y éstas viven

una vez más bajo el sol y entre las flores... Y era ese despertar de juventud el que ahora invadía la casa, la casa que volvía á ser joven y feliz con la alegría que nace de la eterna vida, recobrada al fin.

Escrito en el destierro—Octubre de 1898.

Emile Zola

LAS RISAS TRAGICAS

IDEM EL HUMORISTA.



En banquetes ministeriales ú onomásticos, en bailes públicos ó privados; así fuera en la reunión literaria de una cantina ó en la tertulia de un taller de artista; en los pasillos del teatro; en el tranvía de los entierros, varias veces ó encomiar la verba inagotable, los refinados humorismos de Nicolás Gaytán que se firmaba con el pseudónimo de «Idem», era profesor de Algebra en un colegio de señoritas, tomaba taquígraficamente el dictado de varios abogados y llevaba los libros de una fábrica de jabones.

Gozaba el hombre paupérrimo de aquella celebridad que pudiéramos llamar privada, menos altisonante pero no inferior á la que han disfrutado los tribunos y los predicadores.

Porque Gaytán era elemento indispensable en todas partes; sin él, se bostezaba; su presencia sola difundía animación en la más grave de las tertulias entre clubmen fastidiados á la sajona.

Porque su gracia, su chusca manera de decir, su humorismo extraño, se hallaban al alcance de todas las fortunas intelectuales: hombres y mujeres, viejos y niños, le formaban rueda, cuando tomaba la palabra, así contara lo más insignificante: carestía de cereales, alza de valores, crudeza del clima.

¿Era su modo de gesticular? ¿el timbre de su voz? ¿los ademanes? ¿su original y risible vocabulario? Era todo: jamás he oído más feliz narrador.

Se apoderaba de vuestra atención como un malabarista toma una esfera dorada, y jugaba con ella, os llevaba con su plática á donde quería: al cementerio ó á la pantomima; se adueñaba de vuestro discursar y lo fatigaba, de tal manera sabía pasar del absurdo á la gravedad ó á la bufonería.

Siempre lo he tenido por hombre de un talento colosal y de una asombrosa erudición porque creo con el Doctor Hughlings-Jackson, que el juego de palabras es una de las más abstrusas operaciones de la ideación y que el chiste es un refinamiento de alta intelectualidad.

Y sin embargo ¡cuántas veces al despedirse de nosotros, rendidos de reír hasta las lágrimas; cuántas veces me inspiró profunda tristeza porque parecióme descubrir bajo su máscara social, franca y risueña, un gesto de honda preocupación y de incurable pesadumbre!.....

Extraño sujeto que escribía historietas ligeras y charlaba frivolidades y en cambio se extasiaba frente á una tela primitiva; deliraba por la música hieroglífica de Wagner y de Brahms: hallaba deleite en los cálculos de alta Matemática y traía bajo el brazo «La carta á una viuda» de San Juan Crisóstomo, la Etica de Spinoza ó el «Calor» de Tindall.

Y si por acaso pedía en el Gabinete de Lectura una novela en boga ó de autor ligero, se empeñaba en publicar que no iba á leerla sino á prestarla á un amigo.

No se le conocía ninguna debilidad amorosa; jamás ofreció su casa ni tampoco permaneció en reunión nocturna más allá de las diez de la noche, pretextando que le era urgente el sueño, para sus pesadas faenas de profesor y empleado particular.

Pesadas faenas que le producían, si acaso, lo necesario para vivir, y vivir miserablemente.

Tenía estrecha amistad con los médicos y se gasta-

ba la mitad de sus sueldos en medicinas de patente: vinos tónicos, elixires, emulsiones y jarabes reconstituyentes.

Y se reían de un hombre que interrogado sobre su salud, respondía que era de hierro y juraba comprar aquellas preparaciones para un paciente enfermo, en la última miseria.

Al verlo solo en la banca de un paseo público, en el rincón de un tren, en la mesa de una fonda ó frente al escaparate de una juguetería; al verlo solo y hondamente pensativo y moroso y melancólico, se le tomaría por un cesante, un presunto suicida, un jugador malhadado, nunca por el hombre más espiritual y gracioso de su época.

—Dichoso usted,—le decía una encantadora muchacha, cierta vez,—dichoso usted que sabe tantos cuentos: jamás estará triste.

—Lo estoy algunas veces... y como arrepentido de la confidencia sentimental, agregó en otro tono, lo estoy lejos de usted; soy alegre por desgracia, no por temperamento....

* * *

Pobre Gaytán! me dije al tomar un coche de alquiler para buscar su lejano domicilio; parece mentira que en menos de un mes la dispepsia lo haya puesto, como asegura el informante, á las orillas del sepulcro. ¡Morir de dispepsia la musa de la risa!

Llegamos á la nefanda vivienda, á la inmunda casa de arrabal, habitada por gente de la peor laya: una tripería á la entrada; cerdos y gallinas en el patio; un niño moribundo en una mancha de sol; un caño inundando hasta las cocinas.

Arriba, trepando por una escalera sin barandal, empujando una vidriera remendada con periódicos, en una pieza oliente á humo de fritangas: una cómoda, un baúl, rimeros de libros contra la pared, un Cristo sobre el buró, un catre de tijera sin ropas y en un sillón despanzurrado, el moribundo Gaytán: cabizbajo, amarillo, patético, envejecido, fijos los ojos de esclerótica enferma en los rotos ladrillos del piso.

Y quiso el pobre estar de vena... y disculpase del desorden de su última morada que antes fué tan azul; pero su sonrisa era un gesto doloroso y su voz el sonido de un instrumento descompuesto y lúgubre.

«—Vamos á liquidar—nos dijo—en el sentido alopático de la palabra, porque en el financiero todas mis deudas las dejo á mis amigos. Vale algo mi colección de autógrafos, recibos y boletos de empeño: en ellos están los nombres de todos los israelitas existentes en la ciudad.

La muerte, que tan buenos ratos nos ha proporcionado, parece que esta vez se pone al habla conmigo. Voy á emprender mi primero y último viaje por agua ¿me marearé en la Estigia?

Les puedo ofrecer á boca de botella, no un cognac, pero sí esa friega alcohólica tan química como las de

las cantinas. Carezco de criado, me hace los mandados una niña hidrocefálica de aquí junto. El portero, mi sincero admirador, se ha encargado de los alimentos. Me cuida un veterinario: estoy enfermo del hígado y él me receta para muermo intestinal.

El Padre de la parroquia se empeña en rescatar mi alma y yo le digo: pero Padre ¡valiente espíritu conquistista usted! más averiado puede ser que no le haya y Dios al verlo exclamará: ¿hijo, pero esto es alma ó expediente de juzgado? Lleva todas las injusticias y las picardías habidas y las inéditas, con un apéndice y suplementos?

Estaba escribiendo una historietta con todas las *licencias del ordinario* en este papel de envoltura, pero se me acabó el papel....»

En la pieza de junto se oía una tos infantil seguida de una queja suspirosa y á cada acceso «Idem» volvía el rostro, enmudecía, escuchaba, descompuesta la faz. Era tos de mujer, tos cavernosa ó silbante, la tos típica y cruel de los tísicos.

—Sea por Dios, jóvenes alumnos! Me explico que la suerte, ¡la suerte, sinónimo de escamoteo y buena fortuna! me explico que la suerte, tiradora de pistola, escoja para blanco un huevo, una paloma, una cabeza, una placa, pero ¿cebarse conmigo? eso es *topar moscas* y ha tapado las mías una por una, las de colores más bonitos.

Volvió la tos á estremecer la vidriera y Gaytán, incapaz de dominarse, nos hizo su confidencia al fin.

—Es mi hija, una niña de catorce años á quien he tenido siempre en el colegio, de interna; enferma de la peor de las desgracias, de una notable inteligencia, fuego que acabó por consumirla.

Me la devolvieron las maestras con cuarenta grados de calentura corporal y otros cinco más en el al-



ma: con cavernas en el pulmón derecho... y esa horrible tos. Nada la distrae hace mucho, mucho tiempo. Ha leído todos los gabinetes de lectura y bibliotecas privadas de mis amigos; estoy suscrito á todos los periódicos: es lo que más ha amado en esta vida y en la otra, y por arrancarle una sonrisa, por contagiarla con mi buen humor industrial, producto del fingimiento; por contagiarla con mi humorismo artificial y verla sonreír siquiera, por eso veis que he estudiado como una ciencia el arte de charlar en broma. Mi pobre intelecto es un contorsionista de feria.

¡Y cuántas veces ha estado á punto de morir en mis brazos y la he resucitado casi, con algún sucedido cómico ó una improvisación: carcajada y sollozo á un tiempo mismo! Un momento, voy á verla.

Vacilante, hecho arco, arrastrando la manta que le cubría las piernas, se dirigió á la otra pieza y al abrir la puerta vimos á su hija, la anquilada criatura: más demacrada, más moribunda, más agotada que él; yacía en un lecho, rodeada de libros y juguetes; en el buró todo un botiquín; en las paredes todos los cromos y caricaturas posibles; por el suelo publicaciones ilustradas.

Volvió á toser más y más débilmente aún, como quien desfalece, como quien descansará en breve.

—¿Pero qué quieres vida mía? preguntaba *Idem* con una voz tierna, femenina, maternal... ¿pero qué quieres, vida mía?

—Estoy muy triste; cuéntame un cuento....

—Un cuento? Vamos, el del barbero.....

Rumor de palabras, gritos fingidos de animales, voces de ébrio, balbuceo de viejas, exclamaciones de niño y la carcajada sonora, contagiosa, histriónica de Gaytán; su carcajada genial, su carcajada irresistible; su carcajada que dialogando con la tos cruel é implacable nos hacía llorar, llorar como á unos niños!

Adelcampo.
Micos

Páginas inéditas de Manuel Gutiérrez Nájera.

Como esas niñas que en Noche Buena,
mantienen dicho ni tienen paup,
Ni nulas salvas, ^{blanca amena} ~~privada y buena~~,
Mis ilusiones se morisan!

~~Estas contemplan la blanca nieve,~~
~~nadie las cuida, nadie las ve!~~
No hay quien las mire ni quien las lleve,
nadie las cuida, nadie las ve!
Como esas niñas, entre la nieve,
Ni á un día me amas, ~~nadie me ve!~~

Al volver la primavera
Con cuanta inquietud espera
Mi alma que anhela el dolor,
Ver brotar á sus albores,
Entre las hojas, las flores
Y en tu mirada el amor!

Ya alegran las huérfanitas
Alzando sus manecillas
Señalan con emoción

Fomé los pensamientos que más amo
Y formé una quivernalda para ti;
Con los tristes y negros hice un ramo
Que guardo para mí!

Volad ¡oh pensamientos de ventura!
Volad: hacia mi amor!

Fluid, temblando, de la playa oscura,
Donde queda el dolor!

No me olvides, pequerinito
Que no marchitó la lluvia,
Y d y besad sus ricitos...
¡Besos de amules apitos
Como papilas de rubia!
Y d á ocultares ¡oh flores!
Con amores ardides,
En sus ojos seductores,
Y al contarle mis amores
Decid también: ¡no me olvides!

FRAGMENTOS.

I

Sonrientes, aladas, luminosas,
de ensueños juveniles mensajeras,
tendieron sobre mí las primaveras
los oros de sus clámides gloriosas.

Me dieron sus canciones misteriosas
las esperanzas—aves vocingleras—
y unas vírgenes locas, las quimeras
el opio de sus frases engañosas.

Tal llegué, Juventud, á tus umbrales
deslumbrado por necios idéales;
y creyendo sofismas los dolores,
con rabioso apetito de placeres
ay! no ví las espinas en las flores
ni la mentira oculta en las mujeres.

IV.

Muchas lunas han muerto, y aún perdura
la impresión de ese amor, punzante y viva;
aún contemplo su frente pensativa
al reflejo ideal de su alma pura.

Sin mancha, cual la nieve de la altura
delicada como una sensitiva,
de mi pasado surge rediviva
su dulce y melancólica hermosura.

Bella como la fúlgida mañana,
tras la cortina azul de la ventana
cual azucena blanca aparecía.....

Cómo olvidaba entonces mis enojos
viendo la arcana luz que se encendía
en los negros abismos de sus ojos.

VII.

En mis labios se crispa el hondo grito
que me arranca el recuerdo, tan ardiente;
y llevo densas sombras en la frente
y un corazón de lágrimas ahito.

Así voy por mi senda de proscrito
ayuno de deseo, indiferente,
pensando en la estulticia del creyente
que un pedestal levanta, para el mito.

Dejaré, que el olvido, con su manto
seque las gotas del cobarde llanto
que mis altivos ímpetus restringe;

quiero reír, en plácido sosiego
de mi primer amor—Edipo ciego—
que no supo el enigma de la Estíngie.

Guanajuato.—RAFAEL LOPEZ.

EN EL BOSQUE

En el muelle carruaje reclinada
Con indolente, lánguida altiveza,
Envuelta en blondas de oriental riqueza
Hoy he visto en el bosque á mi adorada.

Pasó, volviendo á mí su azul mirada,
E inclinó levemente la cabeza...
—En sus ojos, tan bellos, la Tristeza
Ha fijado, inclemente, su morada.....

No es ya la blanca virgen pudorosa
Por quien causó el amor eternos daños
En la edad fugitiva de la rosa.

Han pasado sobre ella luengos años
Y sucumbe, infeliz víctima hermosa,
Arrojada á los crueles desengaños.....

FERNANGRANA.

TODA UNA JUVENTUD.

Por FRANCISCO COPEE

Ilustraciones grabadas en nuestros talleres, especialmente para esta edición.

Número 5.

También Jocquelet piensa entrarse en el Odeón para oír por quinta vez el quinto acto de una obra de la escuela del buen sentido, que ha obtenido gran éxito, y en la cual el protagonista, después de haber tronado en malos versos contra el dinero, durante cuatro actos, se casa, en el desenlace, con la hija de un millonario, para mayor satisfacción de éste.

En cuanto á Mauricio, antes de ir á reunirse en la calle de Monsieur le-Prince con Irma, que ha debido tomar la llave de debajo de la puerta y que probablemente estará arreglándose los papalillos para rizarse el pelo, acompaña á Amadeo una parte del camino.

—Los compañeros están algo chispas, ¿verdad?—le dice a éste.

—Te aseguro que casi me han disgustado,— responde el tímido joven.—Su brutalidad, hablando de las mujeres y del amor, me ha herido el corazón. Tú mismo, te lo digo con franqueza, tú mismo que eres tan fino y tan orgulloso.... déjame creer que no has dicho la verdad, que has hecho el fanfarrón del vicio por complacerles. No, no es posible que te contentes con satisfacer tus apetitos y obedecer á tu temperamento..... Debes tener otro ideal; tu conciencia debe reprocharte.....

Mauricio le interrumpe bruscamente, riéndose de antemano de lo que va á decir.

—¡Mi conciencia!..... ¡Oh tierno y sencillo Violette, modesta flor de los bosques!..... Pero la conciencia, inocente Amadeo, es como los guantes de piel de Suecia que es moda llevar sucios. ¡Adiós! Ya volveremos á hablar de esto un día en que no me aguarde Irma.

Amadeo llega solo á la calle de Nuestra Señora de los Campos, tiritando entre la niebla y lleno de tristeza y malestar.

No, no es verdad. Existe otro amor distinto del de los brutos, y hay otras mujeres además de las hijas del placer. Y piensa en su compañera de infancia, en la linda María, y se la imagina bordando al lado de la lámpara de familia, hablando con él sin levantar la mirada, en tanto que él la contempla y admira aquellos hermosos ojos fijos en la labor.

Amadeo está estupefacto al pensar que la presencia de la deliciosa niña no le ha causado jamás ni la más pequeña turbación, y que no ha deseado nunca más dicha que la de estar á su lado.

¿Por qué un sentimiento semejante al suyo no se desarrollará algún día en el corazón de María? ¿No han crecido juntos? ¿No es él el único joven que ella conoce íntimamente? ¿Qué dicha llegar á ser su prometido!

Por un encantador escrúpulo, el pobre muchacho se echa en cara los deseos impuros que á veces le asaltan.

Sí, así es como se debe amar.

En adelante evitará todas las tentaciones, pasará todas las noches en casa de los Gerard, como se lo ha aconsejado la buena Luisa; permanecerá lo más cerca posible de María, contento con oírla hablar y verla sonreír; y esperará, el instante en que ella se persuada de que la ama, y entonces consentirá en ser su mujer.

¡Oh exquisita unión de dos almas juveniles, adorable beso de dos bocas inocentes! ¿Existirá semejante dicha?

Este hermoso ensueño ha refrescado el corazón del joven, y llega gozoso á su casa.

Da un fuerte tirón á la campanilla, sube lentamente la escalera y abre la puerta de su habitación.

¿Pero qué pasa? Su padre ha debido volver muy tarde, porque aún sale un hilo de luz por las rendijas de la puerta de su alcoba.

—¡Pobre hombre!—piensa Amadeo recordando la escena de por la mañana.—¿Estará indisputo? Voy á ver.....

Mas apenas ha abierto la puerta, retrocede, exhalando un grito de espanto y horror.

A la luz de la bujía que estaba sobre la chimenea, Amadeo ve á su padre tendido en el suelo, con la camisa abierta y teñida en sangre, y muy



cerca de su mano derecha, crispada por la agonía, la navaja de afeitar con la que se ha degollado.

Sí, alguna vez se realiza la unión absoluta en el amor de dos pobres seres, que es la felicidad en la tierra!

Pero si uno de ellos muere, el otro no se consuela.

M. Violette no se consoló.

IX

Ahora Amadeo no tiene ya familia.

Al día siguiente de la muerte de su padre ha roto violentamente con su único pariente M. Isidoro Gaufré, porque el explotador, bajo el pretexto de que el suicidio le causaba horror, ha dejado conducir al cementerio en un coche fúnebre de sexta clase al marido de su propia sobrina, y no ha honrado con su presencia el triste convoy que no podía ir acompañado del clero parroquial, lo que no ha impedido al santo hombre el devorar en el almuerzo de aquel mismo día, tronando contra los progresos del materialismo, unos callos al estilo de Caen, obra maestra semanaria de Berenice.

Amadeo no tiene ya familia y sus amigos se han dispersado.

En recompensa de los exámenes de Derecho, que para Mauricio casi han sido cosa de juego, la señora Roger ha obsequiado á su hijo con un viaje á Italia y acaban de partir juntos

Respecto á los Gerard, ¡pobres gentes! precisamente un mes después de la muerte de M. Violette, el viejo grabador ha sucumbido á un ataque de apoplejía fulminante, cayendo herido de muerte sobre la plancha que grababa. Aquel día no se habrían encontrado ni cincuenta francos en el cajón de su cómoda. Al rededor de la fosa abierta en que fué enterrado el obscuro y honrado artista, no hubo más que un grupo negro de tres mujeres que lloraban, Amadeo vestido deluto y una docena de antiguos camaradas de Gerard, viejos artistas de sombreros puntiagudos y encanecidas melenas románticas. Fué necesario vender en seguida para reunir algún dinero, los pocos diseños que quedaban en los cartones, los pocos cuadros, regalos de amigos que se habían hecho célebres, los últimos y escasos objetos de arte, y en fin, todo el pobre tesoro que adornaba la casa. Luego, la mamá Gerard, con objeto de que su hija estuviese menos lejos de sus lecciones, se fué á vivir á lo alto de la calle de San Pedro, en Montmartre, en donde encontró un pequeño cuarto bajo, no muy caro, con un jardín tan grande como un pañuelo de yerbas.

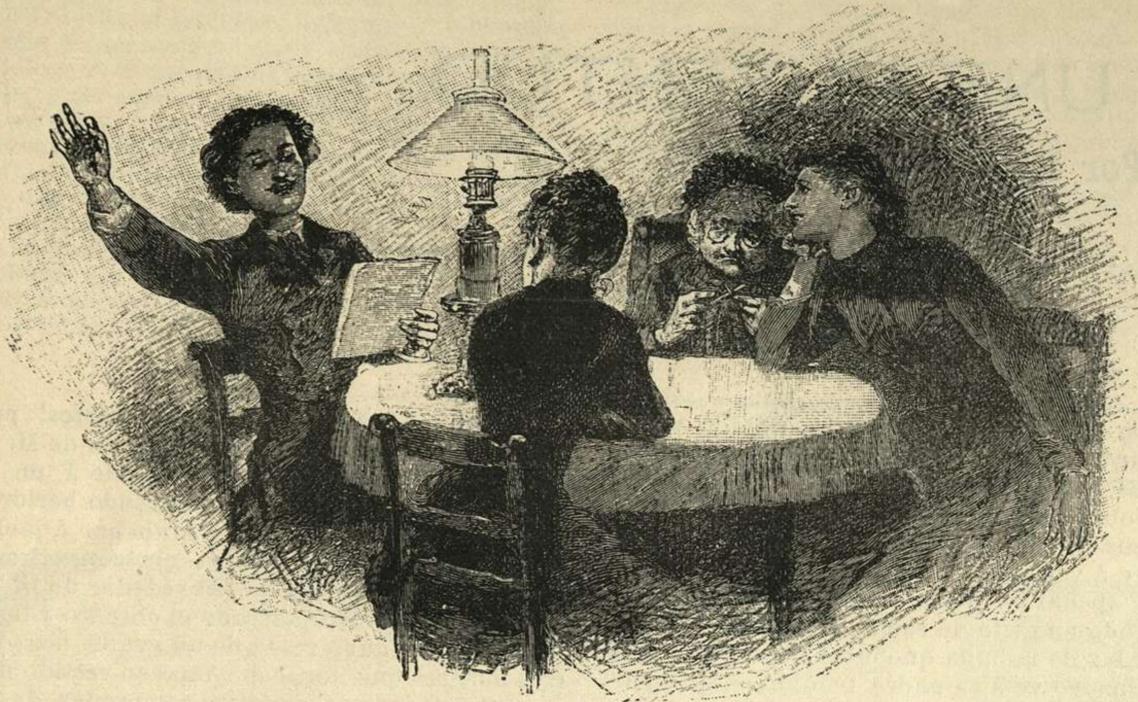
Amadeo, reducido á sus ciento veinticinco francos mensuales, tuvo también que dejar el cuarto demasiado caro en la calle de Nuestra Señora de los Campos y vender la mayor parte del mobiliario, no conservando más que sus libros y lo preciso para amueblar un cuartito en una casa vieja del arrabal de Santiago. Estaba muy lejos de Montmartre y de la calle de San Pedro, y con gran disgusto por su parte, no podía ver con la frecuencia que hubiera deseado á aquellas amigas que por la comunidad del dolor hacíansele más queridas que nunca.

Sólo le quedaba un consuelo: el trabajo literario, al que se entregó con encarnizamiento para adormecer su pena con el maravilloso opio de la poesía y del ensueño. Además, comenzaba á entrever su camino y sentía que le era posible decir

algo nuevo. Desde hacía mucho tiempo había quemado sus primeros versos, imitaciones desgraciadas de los maestros en boga, y su drama, en el que los dos amantes cantaban sobre el césped un dúo apasionado, volvió á la verdad y á la sencillez por el camino de los escolares, que es el más largo. El gusto y la necesidad obligaronle á la vez á expresar sinceramente lo que tenía delante de los ojos, á apropiarse de lo que podía haber de humilde ideal entre las pobres gentes, en medio de las cuales había vivido y en los paisajes de los alrededores de París en donde había pasado su infancia: en una palabra, tomó á la naturaleza por su maestra.

Probó, sintió que lograba su objeto, y vivió las más bellas y dulces horas de su existencia, en las que el artista, dueño de su expresión, y teniendo todavía la abundancia y vivacidad de sensaciones de la juventud, escribe la primera obra que reconoce como buena, y la escribe con entero desinterés, sin pensar en que otros han de verla; trabajando para él solo, por la sola alegría de producir y esparcir fuera de él todos sus recuerdos, toda su fantasía y todo su corazón. Instantes de puro entusiasmo y de perfecta dicha que no volverá á encontrar, cuando haya mordido el fruto sabroso del éxito y cuando se halle calenturiento por el deseo de gloria. ¡Horas deliciosas! ¡Horas sagradas, que sólo pueden compararse á la embriaguez del primer amor!

Durante los meses de invierno que siguieron á la muerte de su padre, Amadeo trabajó valerosamente. Se levantaba á las seis de la mañana, en-



encienda su lámpara y la estufita de loza, estufa de lavandera, que calentaba su habitación; y paseando por ésta, ó bien encorvado ante unas cuartillas de papel en blanco, el poeta comenzaba vigorosamente su lucha con las imágenes, palabras é ideas. A las nueve salía, se desayunaba en una lechería próxima é iba á su oficina. Después de emborronar allí fastidiosos papelotes, quedábanle dos ó tres horas, en las que no hacía nada, pero que empleaba en leer y en tomar notas de los libros que se proporcionaba en un gabinete de lectura de la calle Royer-Collard; pues pronto comprendió que el que sale del Colegio es tan ignorante que sólo conoce la necesidad de aprender. Al caer la noche salía como escapado del ministerio, volvía á su arrabal por los boulevards de los Inválidos y de Montparnasse, que en aquella época estaban plantados de olmos seculares que algunas veces se iluminaban á intervalos, cuando el encargado de encender los faroles, armado de su lanza, hacía que estos alumbrasen, enviando reflejos y rayos de luz á los esqueletos de los árboles deshojados. Este paseo que Amadeo se imponía por higiene conducía á las seis al fondo de la lechería situada enfrente del Val-de-Grace, en donde tomaba una comida de artesano. Luego subía á su granero de versos, encendía la lámpara y la estufa y . . . ¡á trabajar con ardor hasta media noche! Este esfuerzo caluroso, continuo, esta tensión de la voluntad, conservaban el espíritu y el vigor y la excitación indispensables á la producción poética. Su pensamiento, sin cesar exprimido, hallábase preparado para recibir los gérmenes que sopla el viento misterioso de la inspiración; y en algunos instantes, estupefacto, viendo correr su pluma tan rápidamente sobre el papel, se detenía lleno de inefable orgullo por haber reducido así á su obediencia la palabra y el ritmo. Preguntábase qué poder sobrenatural le permitía encantar á esos dos feroces y divinos pájaros.

El domingo hacía traer algo de comer por la portera de la casa, pensaba todo el día y no salía hasta las cinco de la tarde para ir á comer en casa de la mamá Gerard. Era la única distracción que se permitía, ó por mejor decir, la sola recompensa. Atravesaba á pié todo París, compraba un pastel en la calle de Fontaine para los postres; después subía sin cansancio, merced á sus piernas de veinte años, por las callejuelas escarpadas y solitarias del alto Montmartre alumbradas entonces por reverberos que se bajaban y subían por medio de poleas y en las que podía uno creerse relegado á un rincón de provincia.

Le esperaban para poner la sopa en la mesa, y el joven vestido de negro, se sentaba entre la viuda y las dos huérfanas.

¡Ay! ¡Qué austera es ahora la vida de estas pobres mujeres! Damourette, el antiguo premiado de Roma, miembro del Instituto, acordándose de que en otro tiempo había sido compañero de obrador de Gerard, ha obtenido para su viuda un sueldo anual de la dirección de Bellas Artes; una limosna que no alcanza ni para pagar el alquiler del cuarto. Afortunadamente la buena Luisa, que tiene ya aspecto de mujer proveyda, de veintitrés años, recorre la ciudad todo el día, con su rollo de papeles de música debajo de su pañuelo de

luto. Tiene muchas lecciones y más de veinte casas en París se han hecho inhabitables por causa de jovencitas de manos encarnadas que las hacen temblar con sus escalas cromáticas.

Lo que gana Luisa constituye hoy día la base de existencia de la familia. No hay paradoja más extraña que la vida social en las grandes ciudades, en las que *El último pensamiento de Weber* puede proporcionar el precio de un pan de cuatro libras, y se paga la cuenta de la tienda de comestibles con el producto del *Minué de Boccherini*.

A pesar de todo, nada hay que despilfarrar en casa de las Gerard, y María también ha querido ser útil y ayudar á su Madre y hermana. Siempre ha demostrado grandes aptitudes para el dibujo y su padre le dió lecciones. Ahora va á trabajar al Louvre, y se ejercita en copiar cuadros de Cerardin y Latour. Va sola, lo que es algo imprudente, siendo tan bonita; pero Luisa no tiene tiempo para acompañarla, y mamá Gerard se ve obligada á permanecer en casa para hacer la limpieza y guisar. Así pues, la presencia de María en el Museo ha turbado el corazón de bastantes jóvenes principiantes, y se notan casos de tristeza persistente y de pérdida de apetito en el estudio de Flandrin. Los discípulos de Signol, que se han sorprendido mutuamente haciendo la rueda á la linda copista, se odian en secreto como rivales, y abrigaban proyectos de duelo á la americana.

Decir que á María no le halaga ni poco mucho el ver á estos jóvenes admiradores vagar tímida y respetuosamente en torno suyo; pretender que si ella se quita el sombrero colocándole sobre el montante de un caballete es únicamente porque el calorífero la produce jaqueca, y no para enseñar sus hermosos cabellos, sería mentir como un programa electoral. Sin embargo, la pequeña continúa seria, os lo aseguro, y los ve venir. Trabaja concienzudamente, hace progresos y su última copia que es el retrato de una joven marquesa que tiene sobre las rodillas un pichón adornado con cintas, no está mal á decir verdad. Precisamente esta copia proporciona un negocio á la gentil artista.

El tío Issacar, el antiguo mercader del muelle de Voltaire, un judío á la antigua usanza, cuya sórdida opalanda con agremanes produce desmayos á la vista, se acerca un día á María, que dibuja una rosa en la peluca empolvada de la marquesa, y después de haberse quitado su sombrero tan lleno de grasa que bastaría para hacer el rancho de un cuartel, la dice.

—«Señorita, ¿podría usted fabricarme una docena de retratos de familia?»

La joven no comprende al prin-

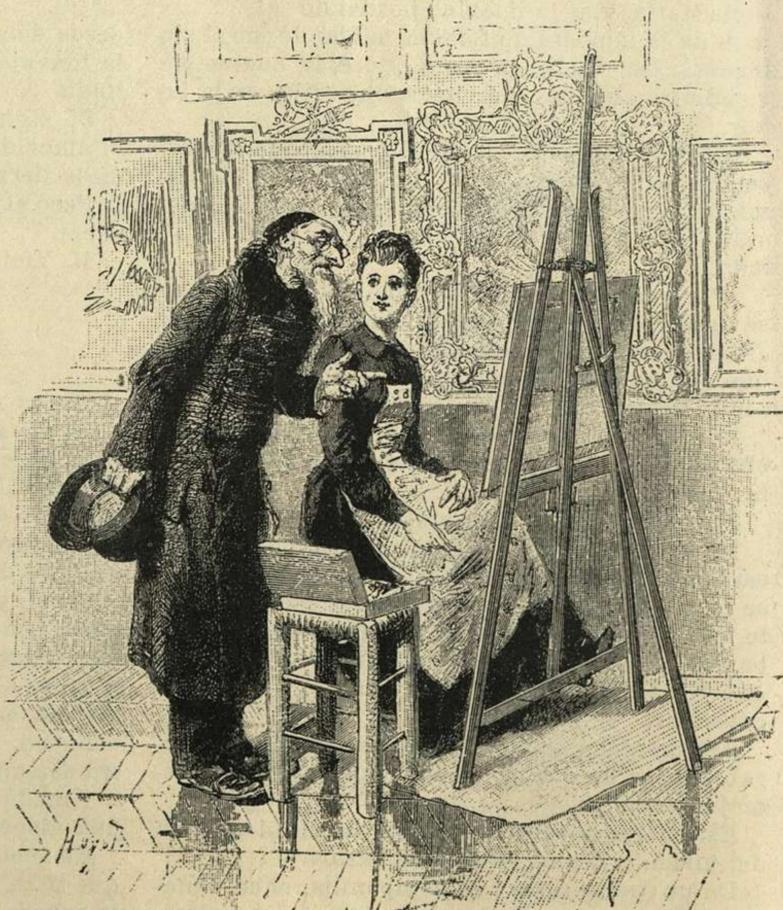
cipio; más á pesar de su abominable jeringonza, el judío logra explicarse.

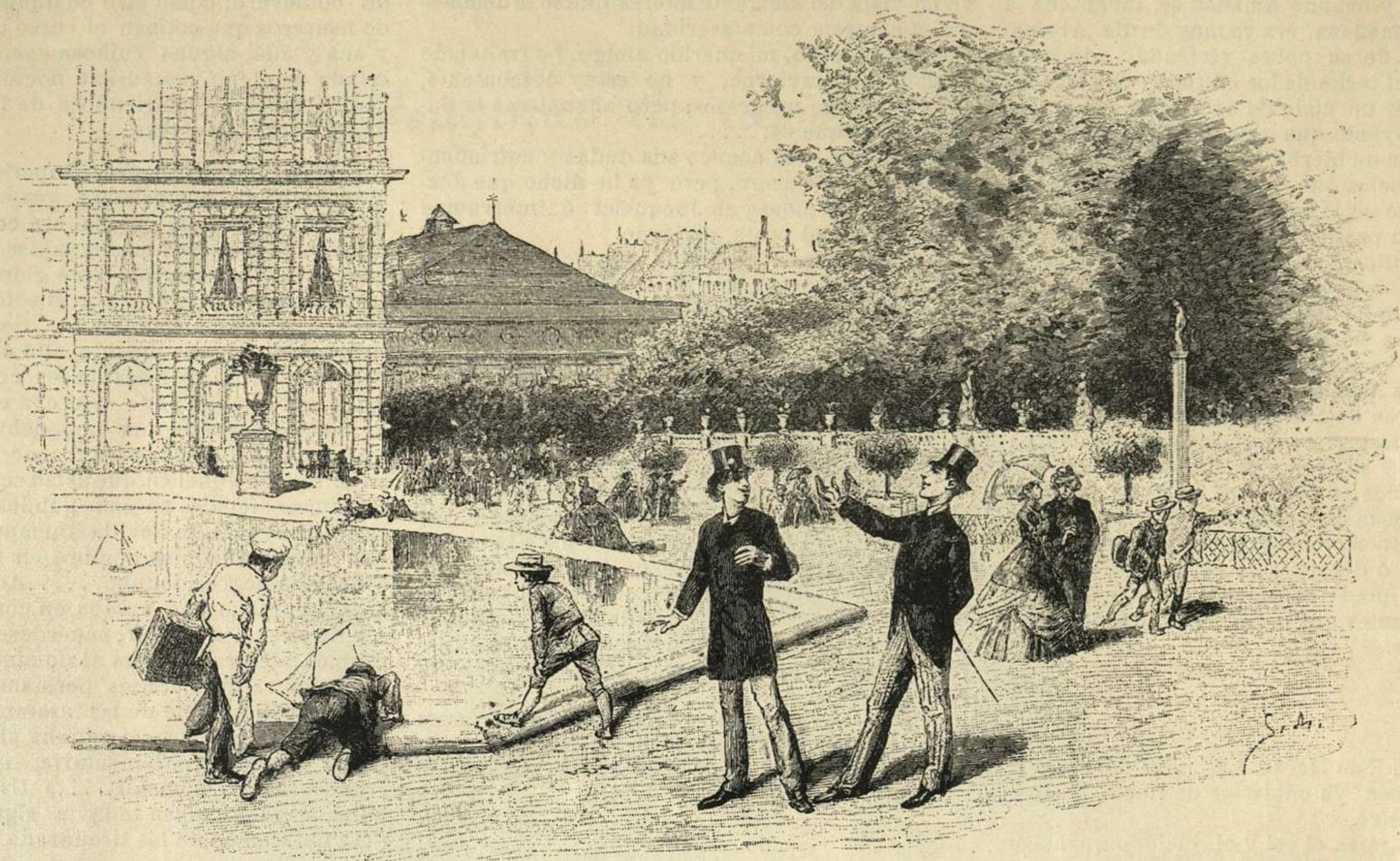
En nuestros días todo se compra, hasta la nobleza y nada es más sencillo con tal de que se posea una cartera suficientemente provista. Mediante el dinero, puede encontrarse en el Vaticano, segundo corredor de la derecha, tercera puerta á la izquierda, un título de conde romano de nuevo cuño. Una agencia heráldica (leed los anuncios) planta y hace crecer un árbol genealógico, bajo cuya sombra podría celebrarse un almuerzo campestre de veinticinco cubiertos. Compráis un castillo con almenas (las almenas son esenciales) en el rincón de una provincia muy reaccionaria; visitáis á los castellanos de los alrededores, llevando por alfiler de corbata una flor de lis de oro, os declaráis legitimista rabioso y clerical feroz, dais comidas y cacerías, y punto concluido: apostamos á que vuestro hijo se casará en el arrabal de San Germán, con la niña de una familia que descenderá auténticamente de los Cruzados.

Sólo que para llevar á cabo esta agradable bufonería, no deben olvidarse ciertos accesorios, principalmente los retratos de vuestros antepasados. Estos deben adornar las paredes del castillo, en donde obsequiais á los hidalgueros de la comarca. Pero es preciso mucho tacto para formar esta galería de familia. Nada de exageración, créame usted. No hay que remontarse muy alto. No se atribuya usted la fundación de una raza, representada en un caballero cargado de hierro, espantosamente pintado en madera con el escudo de armas en el sobrevesta, no; es preciso partir solamente del tiempo del Verde-Galán: esto es más verosímil. Conténtese usted con ser un caudillo de dinastía á lo Porbus, con la barba gris cayendo sobre una gorguera con muchos canutillos. A propósito, días pasados he visto algo bueno en este género; cerca de la plaza Real, en casa de un revendedor de la antigua calle del Paso de la Mula (había allí un perrito que levantaba la pata precisamente al pasar yo); y usted puede proporcionarse un ascendiente por quince francos poco más ó menos, regateando algo.

Pero, mejor pensado, no se tome usted ese trabajo; diríjase al especialista, al tío Issacar que, no se asuste usted, vive todavía. En su casa se encuentran magníficos antepasados y no muy caros, y si usted consiente en no descender más que de sencillos escuderos el precio será insignificante.

No hay que decir que los presidentes de Tribunal están casi de balde. Pero si quiere usted la nobleza de espada, ó contar á algún prelado entre sus ascendientes, el precio aumenta, como es natural. No hay otro como el tío Issacar, para dar barato relativamente un obispo forrado de armiño, ó un maestro de campo con peluca á la





Luis XIV, cordón azul y una coraza sobre su cascaca encarnada.

En una serie de retratos de familia sienta muy bien un corto número de pinturas al pastel: ¿qué le parece á usted un abate de ojos saltones, ó una señora vieja, pero bastante descotada, ó un capitán de dragones con el casco de piel de tigre? (Si tiene la cruz de San Luis, vale diez francos más.) El tío Issacar, que entiende su negocio, tiene siempre de reserva una treintena de esta clase de retratos, colocados en preciosos marcos de época, fabricados expresamente para él en el arrabal de San Antonio; que han sido enterrados durante quince días y acríbillados con perdigones para simular los agujeros de la polilla y darles el indispensable sello de antigüedad.

Comprenderá usted ahora por qué el estimable judío daba por las salas del Louvre su paseo semanal, y por qué reparó en María que copiaba una encantadora marquesa de Latour. Precisamente entonces le hacían falta marquesas empolvadas, que son muy buscadas como género corriente. Propuso á la joven que se llevara la copia á su casa, y que la reprodujera doce veces al pastel, variando solamente el color del vestido y añadiendo un detalle particular á cada retrato. Así pues, en el primer retrato la marquesa tendrá en vez de un pichón, un recental, en el segundo un perrito, en el tercero un conejito de Indias y así sucesivamente. El rostro puede ser siempre el mismo. Según el tío Issacar todas las marquesas empolvadas se parecen, y era necesario que todas tuvieran dos lunares: uno cerca del ojo derecho y otro en la parte izquierda del pecho: daba á esto mucha importancia; según su opinión, el lunar era el símbolo del siglo XVIII.

El tío Issacar, hombre de equidad, se comprometía á proporcionar todas las cosas necesarias y á pagar quince francos por cada marquesa. Además prometía, si quedaba contento de este primer trabajo, encargar en breve plazo á la joven artista una docena de canonesas de Remiremont y media docena de gendarmes de la Casa Real.

Tendría una gran satisfacción en que hubiese ido á casa de las señoras Gerard el día en que María anunció esta nueva. Luisa, que volvía de hacer por la ciudad su distribución de semicorcheas, y la pobre mamá Gerard, tenían los ojos llenos de lágrimas.

—¡Cómo, niña mía!—decía la mamá besando á su hija menor.—¿Tú también vas á contribuir á sostener nuestro puchero?

—¡Vaya con la hermanita!—exclamaba Luisa riendo cordialmente.—Va á ganar más dinero que pesa. ¿Sabes que te tengo envidia, no obstante mi piano y mi arte de adorno? ¡Bendito pastel!... Y esto no mete ruido, ni incomoda á los vecinos. Cuando seas vieja podrás decir: «No he molestado á nadie con mi música.»

Pero María no quería que se chancearan. ¡Ah!

siempre la habían tenido por una muñeca, por una niña mimada que no sabía más que peinarse y componerse! Pues bien, ¡ya verán, ya verán!

Y al domingo siguiente, cuando Amadeo vino á comer, trayendo el consabido pastel, le contaron muchas veces la historia con cien detalles, y le enseñaron las dos primeras marquesas que María había concluido y á las que había puesto lunares tan grandes como bollitos de pan.

Este día María le pareció más seductora y hechicera que nunca. É hizo concebir sus primeras ambiciones. ¿Tendría bastante talento para salir de su obscuridad y miseria? ¿Podría ganarse fácilmente la vida, llegando á ser un famoso escritor? Después de todo, esto no era posible. ¡Oh, entonces! ¡Con qué embriaguez pediría á aquella exquisita niña que fuera su mujer! ¡Cuán dulce sería que ella se considerase feliz y orgullosa por él! Mas por el momento era forzoso desecher estos sueños: eran ambos muy pobres; y además, ¿podría amarle María?

Muchas veces hacíase con inquietud esta pregunta. Estaba bien seguro de que en su corazón, la amistad de la infancia se había trocado en sincera ternura, en verdadero amor; pero nada podía hacerle esperar que se hubiera operado en la joven semejante transformación. Ella trataba siempre al poeta afectuosamente, pero como á buen compañero y nada más, y estaba tan poco conmovida en su presencia, como cuando en otro tiempo se parapetaban los dos detrás del canapé del papá Gerard, para desde allí cazar la gorra de pelo.

Amadeo, naturalmente, había hablado á la familia Gerard de sus trabajos literarios, y algunas veces, después de la comida dominical, agrupados en torno de la mesa cubierta de hule, en donde la vieja mamá servía el café, el joven leía á sus amigas en voz lenta y grave el poema que había compuesto durante la semana. Un pintor aficionado á los cuadros de la vida íntima y á las escenas del hogar, como lo eran tan profundamente los antiguos maestros de la escuela holandesa, hubiérase conmovido al ver aquel grupo formado por los cuatro personajes enlutados. El poeta, teniendo en la mano izquierda su manuscrito y con la derecha evocando en el vacío una caricia rítmica, estaba sentado entre las dos hermanas; pero en tanto que Luisa, demasiado delgada, bastante demacrada y nada bonita, fijaba sus atentos ojos en el rostro del lector, escuchando con avidez, la hermosa María, distraída y con un gesto casi de disgusto, miraba maquinalmente á la mamá Gerard, que puesta de perfil al otro extremo de la mesa, hacía calceta, con aspecto serio y con los anteojos puestos muy bajos en la nariz.

¡Ay! Durante esas lecturas sólo Luisa exhalaba frecuentemente algún suspiro de emoción, al que á veces acompañaban las lágrimas que se asoma-

ban á sus ojos. Ella era la única que para felicitar al poeta encontraba la palabra adecuada, probando que había comprendido y que se hallaba conmovida; María, á lo sumo concedía á Amadeo, aun agitado por la recitación de sus versos, alguna que otra frase de asentimiento, como por ejemplo, «es muy bonito,» dicha por complacencia y acompañada de una vulgar sonrisa.

¿Ella, pues, no sentía la poesía? Y si algún día se casaba con él, permanecería indiferente á los esfuerzos artísticos de su marido, á su vida intelectual y hasta insensible á la gloria que podría alcanzar?

¡Cuán doloroso era para Amadeo hacerse este razonamiento!

María le inspiró pronto un nuevo cuidado.

Hacia ya tres meses que Mauricio Roger estaba con su madre en Italia, y exceptuando dos cartas escritas desde Milán, al principio del viaje, en el primer arrebató de entusiasmo, Amadeo no había vuelto á saber de él. Excusaba esta negligencia de parte del perezoso Mauricio, que al marcharse había dicho sonriendo que no contacta con su exactitud epistolar. Cada vez que iba Amadeo á casa de las señoras Gerard, María le preguntaba siempre:

—¿Y tu amigo Mauricio, has sabido de él?

En un principio esto no le llamó la atención; pero tanta persistencia concluyó por chocarle, haciendo nacer en su corazón una sospecha que á la larga tomó consistencia en vista de la frialdad de la joven.

Mauricio Roger sólo había hecho dos ó tres visitas á la familia Gerard, en presencia del padre y siempre en compañía de Amadeo; y habíase estado con María correctamente respetuoso, sin que entre ambos se hubieran cruzado arriba de veinte frases. ¿Por qué María conservaba un recuerdo tan particular de aquel casi desconocido? ¿Era posible que la hubiera dejado tan impresionada, inspirándola quizá otro sentimiento? ¿De-seaba volver á verle? ¿Ocultaba dentro de su corazón, pensando en él, una tierna esperanza?

Cuando estos temores cruzaban por el pensamiento de Amadeo, sentía turbado el corazón y amarga la boca. ¡Dichoso Mauricio, que no necesitaba para agradar más que presentarse! ¡Oh! En seguida el generoso poeta, rojo de vergüenza, rechazaba este movimiento de envidia; pero cada domingo, cuando María, bajando los ojos y con la voz ligeramente alterada, renovaba su pregunta: «¿Y M. Mauricio, no has sabido de él?» Amadeo sentía una cruel sensación de desaliento y pensaba con una inmensa tristeza:

«¡No me amaré nunca!»

Con objeto de olvidar este nuevo disgusto, quiso sumergirse aún más profundamente en el trabajo; pero no recobró su estímulo, su energía de antes. A través de los nublados y de los intervalos de sol del mes de Marzo que acababa, llegó

Páginas de la Moda



FIG. 1.—TRAJE DE NOCHE.



FIG. 2.—TOILETTE PARA COMIDA.

conocido, en nuestras antiguas crónicas, con los nombres de Belayo, Bellayo, Pallo, Payo, Pelagius, Pelago, Pelao, Theudimer, y en los árabes, con los de Belaijó Belay-el-Rumí (Pelayo el Romano, el Extranjero ó el Cristiano), proclamado, en 714, rey de Asturias, después de la celebrísima batalla de Cobad Onga, Coba de Fonga, Coba de Fonsa, Coba de Fonsu, Covadonga, Cuevadonga, Cuevalonga y Cueva ó Casa de Santa María, levantándole en alto sobre el pavés, según la costumbre goda, en el campo que aún se llama de *Re-Pelao*, y prestándole pleito homenaje en otro, que se dice, desde entonces, *Campo de la Xura*, donde, hasta el siglo actual, iban los individuos del Consejo de Cangas de Onís á tomar posesión de la vara de la Justicia, y que ha pesar del respeto y veneración que el sitio infunde, nadie, hasta que el duque de Montpensier, esposo de la infanta María Luisa Fernanda, hizo construir allí una modesta y sencilla columna, con su correspondiente inscripción epigráfica, se ocupó de levantar un monumento que recordara á las generaciones venideras la gloria del guerrero inmortal, que tuvo por estandarte una cruz de roble, por trono una rústica cueva y por panteón una

pobre iglesia de la Aldea de Santa Ella, Santa Baya, Santa Olalla, Santalla ó Santaya de Abelanio, Velanio, Velapino, Velapnio, Velapiniano ó Velarico, hoy Santa Eulalia de Abamia, hasta que fueron trasladados sus restos y los de su mujer Gaudeosa—según Pelayo, obispo de Oviedo en el siglo XII—por disposición de Alfonso I, el Casto, y—según Morales, historiador del siglo XVI—por Alfonso X el Sabio, á la Cueva de Santa María, en dos toscas urnas de piedra, habiendo lucido sobre la de D. Pelayo, hasta el siglo pasado, en que ha sido trasladada á la Armería Real la espada que el fundador de la



FIG. 3.—TRAJE DE RECEPCION.

LA MUJER.

FRAGMENTOS DE UN LIBRO

La Cava (*Florinda*,) hija—según la tradición—del conde D. Julián, señor de Consuegra, gobernador de la Mauritana Tangitana, de los pueblos inmediatos al estrecho de Gibraltar, y de las fronteras de los moros de Africa, y capitán de la guarda de D. Rodrigo, último rey goda de España, doncella de extraordinaria hermosura y de encantos seductores, que estaba al servicio de la reina Egilona y de quien ciegamente se enamoró el monarca, el cual, no pudiendo poseerla ni con halagos, ni con promesas, ni con dádivas, ni con amenazas, se valió de la fuerza para satisfacer su antojo, dando fin á su deseo y principio á su perdición y á la de toda España.

Avisado el padre, por su misma hija, de la afrenta que pesaba sobre ella, se puso de acuerdo con los infantes Eva y Sisebuto, hijos del rey Witiza, y con el obispo D. Opas, á quien el soberano no dejaba gozar el arzobispado de Toledo, que injustamente había alcanzado, y prometió entregar el reino á Muza-ben-Nasser, gobernador del Africa Septentrional, en nombre del emir Mumenin Almanzor ó Miramamolín. Este mandó á la península, para tantear lo que se podía hacer, al valiente general Ben-Zeyad ó Ben-Melik Tarif ó Tarick con doce mil hombres, á los cuales se juntaron, en el monte Calpe (Gibraltar) los conjurados contra el soberano, y unidos todos, hicieron grandes estragos por Andalucía y Extremadura, guiados por el conde, mientras llegaba un poderoso ejército sarraceno, á cuyo encuentro salió D. Rodrigo con más de cien mil hombres, y se dió la porfiada y sangrienta batalla en las márgenes del río Guadalete, cerca de los Arcos de la frontera (Cádiz)—según unos historiadores—el 1.º de Septiembre del año 711 y—según otros—el 9 de Julio de 714, siendo los cristianos completamente desbaratados.

Pudieron, entonces, los moros apoderarse de toda la península, á excepción de Asturias, quedando aniquilada la soberana gloria de los godos, enalzada por tantos años, por tantas y tan heroicas virtudes, y extendida por Europa con la grandeza de su señorío.

LA HERMANA DEL INFANTE (*Hermesenda*, *Hermenisenda*, *Hermesendra*, *Hermesinda*, *Hermisenda*, *Hormesinda* ú *Hormisinda*, epíteto derivado—según un cronista de Hormesión, piedra preciosa de color de oro, con que los cristianos la comparaban), hija de D. Pelayo, duque de Cantabria y terror de la morisma,



FIG. 4.—TOILETTE DE PASEO.

monarquía española blandió, siempre con gloria, en los combates, y á cuya vista huían espantados los sarracenos.

Hormesinda peleó con bravura y serenidad, al lado de su padre, en las batallas de Covadonga, Vega de Cangas, montes de Liebana, Gijón, Tineo y otros pueblos de Asturias y Galicia, asistiendo también—al decir de varios cronistas—á la toma de León y de Astorga.

En algunas leyendas figura como esposa del general árabe Muza-ben-Nasser, gobernador de Gijón, pero los historiadores antiguos no se ocupan de semejante enlace, y los modernos le tienen por ficticio y novelesco.

LA HERMOSA NAZARENA (*Egilona*), esposa de D. Rodrigo, último Rey de la España goda, prisionera, en la famosa derrota de Guadalete, del emir Abd-el-Aziz ó Abd-el-Azú, hijo del gobernador, en Africa, Muza-ben-Nasser, quien se prendó de ella, y después de apoderarse del Mediodía de la Península, y siendo ya Califía de Granada, la hizo su mujer en 711, ejerció tal influencia en el ánimo de su marido, que consiguió la tolerancia de la religión cristiano y la sustitución del traje bárbaro de los árabes por la corona é insignias de los monarcas godos.

LA ADIVINA (*Libussa*), hija de Croc, príncipe sobrano de Bohemia, cuyo país heredó á la muerte de su padre, acaecida en 720, y le gobernó «por sí sola con gran prudencia y mucho acierto», hasta que se casó con Przemysl, fundador de la casa que ha llevado su nombre, pasó á los ojos de sus súbditos por muy hábil en el arte de congeturar, decir ó asegurar lo que estaba por venir.

LA FAVORITA MAS HERMOSA (*Hababah*), mujer de humilde condición, de extraordinaria belleza, de claro talento y de carácter dulcísimo, á quien amaba con tan intenso amor el califa Yecid II, que por no separarse ni un momento de ella, había abandonado, en manos de sus parientes y cortesanos, hasta los más árduos negocios del Estado, jugaba una mañana del año 723 en los jardines de palacio recogiendo diestramente, con su boca las frutas que su amante le arrojaba, y quiso la fatalidad que, atravesándosele una en la garganta, le cortase la respiración y le hiciera morir de su asfixia.

Ocho días pasó el califa encerrado en su habitación, contemplando el cadáver de su favorita, habiendo costado gran trabajo conseguir que diera permiso para sepultarla, á pesar del olor nauseabundo que despedía, por estar ya completamen-

te descompuesto, y fueron tales el dolor y la desesperación que se apoderaron de él al separarse para siempre, de la que había absorbido sus sentidos, que perdió la razón y pocos días después la vida.

LA PRINCESA POLACA (*Vanda*) sucedió á su padre Craco, á mediados del siglo VIII, y después de un feliz reinado, se sacrificó á los dioses, arrojándose al Vístula.

LA EMPERATRIZ HILANDERA (*Irene*), nacida de familia oscura en Atenas el año 752, debió á su talento y á su peregrina hermosura el haberse casado con León IV, emperador de Oriente, quien, como celoso iconoclasta, comenzó á maltratarla por sus creencias religiosas.

Viuda en 780, ejerció la tutela de su hijo Constantino VI *Porfirogenito*, á quien mandó sacar los ojos, y poco después, dar muerte.

Consiguió algunas ventajas sobre los sarracenos y tuvo que hacer la paz con Harun-el Raschid, quinto califa absida, por quien fué derrotada. Pidió y obtuvo que el Concilio de Nicea, primero de los ecuménicos ó generales, celebrado en 787, restableciera el culto de las imágenes, y desplegó un fausto que deslumbraba y un rigor que rayaba en crueldad.

Carlomagno, á fin de reconstituir el imperio, le ofreció su mano, pero no llegó á efectuarse el matrimonio, y fué destronada y relegada, en 802, al castillo de Eleutere, en la playa de la Prepóntide, por su tesoro y sucesor Niceforo I, viéndose obligada, para atender á su subsistencia, á reducir el lino, torciéndole por medio del uso. Traslada á la isla de Lesbos, murió, al año siguiente, víctima de la miseria y de la desesperación.

LA DE PIE LARGO (*Berta*), hija de Cariberto, conde de Laón, acompañó á su esposo Pipino el Breve, primer rey de la dinastía carlovingia en Francia, peleando á su lado, durante la sangrienta guerra que sostuvo, en los últimos años de su vida, contra el duque de Aquitania, y conservó gran influencia sobre los soberanos de Austrasia y Neustra, habiendo conseguido mantener la paz entre ellos, paz que ha desaparecido al morir en Choisy, el año 683, la que tenía un pie bastante mayor que el otro.

Nuestros Grabados.

FIG. 1.—TRAJE DE NOCHE.

Es de muselina de seda blanca y figurada, con muselina sin figura en el centro de la falda, formando un gracioso delantal, todo sobre satín blanco muy fino.

El delantal va cruzado por tres grandes lazos rosa



FIG. 6.—TRAJE DE BAILE MUY ELEGANTE.



FIG. 5.—JACQUETE DE ASTRAKAN.

de muy lindo efecto. La blusa, del mismo género, muy ceñida, se abre en escote cuadrado. Manga globo ceñida en la parte superior del brazo por un carrujadillo de seda.

FIG. 2.—TOILETTE PARA COMIDA.

Gran drapería de crespón bordado á grandes guías, formando dos alas en el cuerpo y en la falda, esta última orlada de blonda negra de Bruselas. Jacquette recta, muy ceñida de seda blanca, á rayas azul pálido, alternadas con bordado capelina de crespón sobre satín como la falda, orlada también de blonda.

FIG. 3.—TRAJE DE RECEPCION.

De seda rosa y tafetán. Falda figurando tres grandes volantes orlados de muselina de seda en ahuevados. Jacquette muy corto abierto sobre una camisola plissé de muselina de seda oscura. Capelina de tres alas hechas de blonda antigua y plastrón de seda á rayas.

FIG. 4.—TOILETTE DE PASEO.

Es toda entera en paño «modeleur» negro, ese lindo paño tan blando y fino que modela á una mujer elegante y que tiene pliegues del más bonito efecto. La falda está bordada de seda y cadenilla así como el plastrón.



FIG. 7.—TRAJE DE TERTULIA.

La túnica en paño unido, tiene un movimiento muy elegante. Corta en el delante, se prolonga detrás teniendo la misma longitud que la falda.

El cuerpo está ampliamente abierto y guarnecido de dobles solapas talladas en forma.

FIG. 5.—JACQUETE DE ASTRAKAN.

El modelo es nuevo. Forma un hermoso casacón terminado en tres puntas, dos delante y una posterior y cerrado por dos patas con dos botones fantasía cada una. Pelelina cerrada y terminada en punta también, cerrada en el cuello por una pata.

FIG. 6.—TRAJE DE BAILE MUY ELEGANTE.

Es de satín marfil figurando falda y sobre falda, ésta última levantada por el corte á derecha é izquierda y orlada de grandes guías de seda bordada. Escote cuadrado, muy bajo, con orla de galón de seda y collar de perlas pendiente del galón.

FIG. 7.—TRAJE DE TERTULIA.

Está hecha de chiffon azul. El cuerpo, todo plissé, está cruzado por dos grandes bandas de bordado que forman también yockeys.

En la falda, bandas onduladas de muselina de seda formando grandes rosetones.

Otro pago de \$5,000 de LA MUTUA

EN MEXICO.

Un timbre de \$5.00 es. debidamente cancelado. Recibí de "The Mutual Life Insurance of New York" la suma de \$5,000.00 (cinco mil pesos plata mexicana, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza número 564,363 bajo la cual y á mi favor estuvo asegurado mi finado esposo don Julio Ruiz y para la debida constancia en mi carácter de beneficiaria nombrada en la póliza, extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en México, Distrito Federal, á 11 de Enero de 1899.

Firmado—Soledad Medi a vda. de Ruiz.

Un timbre de \$0.50 es. debidamente cancelado. Augusto Burgoa, Notario Público.—Certifico: que la señora Soledad Medina, vda. de Ruiz, suscribió en mi presencia el recibo que antecede, recibiendo á su entera satisfacción la suma de cinco mil pesos, plata mexicana, que el mismo expresa. Y para constancia extiendo la presente certificación en México, á once de Enero de mil ochocientos noventa y nueve.

Firmado.—Augusto Burgoa.—N. P.—Rúbrica.

REMEDI0 MILAGROSO GRATIS PARA HOMBRES!

Millares de hombres recibirán con gran alegría la noticia de que se ha descubierto un remedio seguro para toda clase de debilidades sexuales, tales como la impotencia, órganos encogidos, debilidad nerviosa, vigor perdido, emisiones nocturnas, varicocele, pérdidas prematuras y todos otros resultados de la masturbación ó exceso sexual. Dicho medicamento restaura á todos su vigor natural y es el descubrimiento de mas valor hecho por la famosa Universal Vitoline Co. de Hammond, E. U. de A., cuya compañía ha hecho durante años una especialidad de las enfermedades peculiares de los hombres.



Escríbanos inmediatamente dándonos una descripción de su caso de Vd., y le prepararemos un curso de tratamiento especialmente adaptado á su condición, enviándonoslo sin cobro adicional alguno excepto el franqueo que costará unos 25 centavos los que puede enviarnos en sellos ya sean mexicanos ó de los Estados Unidos. Enviaremos estas medicinas empaquetadas en caja por correo, pagado el importe sin anuncio que pueda divulgar el contenido. Le podemos desarrollar cualquier parte ó órgano del cuerpo y restaurarle su vigor perdido, *jamás deja de efectuar una curación.* Poseemos miles de testimonios que nos envían de todas partes del mundo.

LÉASE LO QUE DICEN ESTOS PACIENTES:
Ciudad de Mexico.

UNIVERSAL VITALINE Co.,
Hammond, Ind., E. U. de A.
Muy Señores Mios:—Casi he concluido mi curso de tratamiento y me encuentro un hombre enteramente distinto. No puedo hablar palabras suficientes para alabar sus remedios y expresar la gran gratitud que siento para con Vds. Sus remedios son maravillosos. Me encuentro perfectamente bien y les agradezco mil veces y les ayudaré en todo lo que me sea posible. Que Dios los guarde á Vds. y bendiga su trabajo. De Vds. su agradecido amigo,
L. ST. V.

San Antonio, Tex.
Mis queridos amigos:—Srvanse aceptar mis mas expresivas gracias por el favor que me han hecho. Las pérdidas han cesado por completo y mi vigor ha sido restaurado. Me siento mejor que durante los últimos quince años. Me siento otra persona. Todos mis amigos al encontrarme me dicen: ¿Que ha hecho? Jamas he visto un hombre mejorarse como tu.
Siempre de Vds. atto amigo y S. S.
F. A. G.

Centenares de cartas similares se encuentran archivadas en nuestra oficina, pero jamas descubrimos el nombre de los firmantes, usando solamente las iniciales, de modo que todos se tratan de la manera mas confidencial. No demore Vd. en escribirnos y cúidese que somos del instituto de medicame: tos mas grande de America que se dedica exclusivamente al tratamiento de las enfermedades sexuales y nerviosas.

UNIVERSAL VITALINE CO.,
Hammond, Ind., E. U. A.

Apartado 530.

TOMEN

El Olugna.

Unico específico para la sangre.

La Caja de Ahorros.

CON INVERSIONES GARANTIZADAS
S. A.

CAPITAL SOCIAL: \$100,000

Presidente: Serapión Fernández.

Gerente: Dionisio Montes de Oca

El ahorro es la fortuna del pobre,
y la salvaguardia del rico.

"LA CAJA DE AHORROS CON INVERSIONES GARANTIZADAS" expide Pólizas de cien, de quinientos y de mil pesos, cobrando mensualmente treinta centavos por las de \$100, un peso por las de \$500 y dos pesos por las de \$1 000

Con tan pequeñas exhibiciones esta benéfica Compañía, favorece por medio de sus Pólizas el ahorro, con múltiples utilidades en todas las clases sociales lo que proporciona asegurar una fuerte suma de dinero, para recibir la de "LA CAJA DE AHORROS" á determinado periodo de tiempo, ó antes, según sus estipulaciones.

"LA CAJA DE AHORROS" protege al pobre presentándole la mejor manera de ahorrar, y ofrece al rico un negocio lucrativo y ventajoso, en que, con pequeñas inversiones, pueda tener una gran utilidad.

Para comprar las Pólizas de "LA CAJA DE AHORROS" ocúrrase á la Oficina Principal, Calle de Vergara No. 12 por medio de los Agentes de la Compañía, debidamente autorizados.

LA PARISIENSE



D. ZIVY Y COM.

3ª Calle de San Francisco núm. 7.

Gran Almacén de mesas de Billar y todos los accesorios concernientes al ramo.
DEPÓSITO DE

Las famosas Barandas patentadas "Imperial"

D. ZIVY Y COMP.

FABRICADAS ESPECIALMENTE PARA ESTA CASA.

— BOLAS DE MARFIL Y DE COMPOSICION EXTRA FINA —

Paño, Tacos, Cosméticos, Marcadores mecánicos, Marcadores de madera, Casquillos
Prensa para fijar casquillos, Cepillos, Juegos de Ranfla.

Ventas al contado con abonos mensuales ó á plazo fijo.

— Instalaciones para Casinos, Hoteles y Cantinas —

→ Para mejores detalles, pídanse Catálogos. ←

APARTADO NUM. 283.

Nº 5

ULTIMA NOVEDAD

BOUQUET MARIE-LOUISE

EXQUISITO PERFUME

BOUQUET..... MARIE-LOUISE
JABÓN..... MARIE-LOUISE
AGUA DE TOCADOR... MARIE-LOUISE
POLVO DE ARROZ..... MARIE-LOUISE
COFRECITO..... MARIE-LOUISE

Esta Nueva Creación de la Casa ED. PINAUD
ha tenido la mayor aceptación en todos las cortes de Europa.

ED. PINAUD

37, 8ª de
Strasbourg

PARIS



EL HOTEL PLANTERS.

St. Louis Mo. E. U. de A.

Absolutamente
seguro contra incendios.
Calle 4ª de Chesnut

y Pino.

EL MEJOR
Y MAS NUEVO HOTEL
EN ST. LOUIS.

RECONOCIDO POR LOS VIAJEROS.

No tiene rival en los
ESTADOS UNIDOS.

Estilos Americano y Europeo.

Cuartos confortables.
Servicio inmejorable.

HENRY WEAVER, Gerente.



RESTAURADOR UNIVERSAL DEL CABELLO

PREPARADO POR EL DR. TORREL, DE PARIS.

PETROL

Unica preparación para restablecer, vigorizar y her-
mosear el cabello.

Impide la prematura caída del pelo. Evita las caspas y
limpia la cabeza. Preferible á toda preparación de quina.

De venta: en todas las Droguerías y Perfumerías.

CREMA ROSADA "ADELINA PATTI."

Compuesta de sustancias tónicas y saludables, evita las
arrugas, refresca el cutis y conserva la hermosura de la cara
hasta la vejez, comunica un perfume delicioso y con su uso
diario las señoras tienen la seguridad de conservar siem-
pre los encantos de la belleza y la frescura de la juventud.

Tanto en Europa como en América, la usan las da-
mas más aristocráticas.

— De venta: en las Droguerías y Perfumerías. —